

La
calle
ladina

Jesús Chávez Marín



PROGRAMA
EDITORIAL
CHIHUAHUA

2023

La calle ladina

Jesús Chávez Marín



Colección
Con trayecto



Marco Antonio Bonilla Mendoza
Presidente Municipal de Chihuahua


María Fernanda Bencomo Arvizo
Directora del Instituto de Cultura del Municipio

Vocales Editorialistas

Gustavo Macedo Pérez
Victoria María Montemayor Galicia
Luis Fernando Rangel
Alfonso Omar Granillo
Claudia Kareli Reyes Castruita

Heber Mauricio Rivera Anguiano
Fomento a la lectura

José Santillanes
Programa Editorial

 **@somoscreatura**
Diseño y maquetación

Portada: Martín Chávez Bejarano
Fotografía autor: Arturo Rodríguez Torija

Avenida Juárez y calle Sexta,
#601, C.P. 31000, colonia centro.
ISBN 978-607-59944-9-9

e

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de esta obra por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, sin permiso previo por escrito del autor y del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua.

PRIMERA EDICIÓN / AÑO 2023



En la visión que hemos impulsado desde el Gobierno Municipal para hacer de Chihuahua Capital una ciudad más competitiva, la cultura es parte indispensable, al ser pilar fundamental de la sociedad.

A través del Programa Editorial de Chihuahua fortalecemos a las y los artistas locales. Nuestro compromiso es apoyar las expresiones artísticas del talento chihuahuense.

Ustedes son la razón por la cual la literatura chihuahuense florece y se expande. Es gracias también a su trabajo que motivamos a la comunidad a disfrutar de la lectura.

Soy un convencido de que la cultura literaria debe conservarse como un elemento básico en el pensamiento comunitario. La lectura empodera, nos abre las puertas hacia la reflexión, el conocimiento y la transformación de realidades. Un libro tiene el poder de abrir la mente, de explorar mundos imaginarios, de conectar con emociones profundas y ampliar perspectivas.

Las creaciones literarias que integran la edición del PECH 2023 ahora serán parte del acervo cultural de nuestro municipio. Sus letras trascenderán más allá de una manifestación artística escrita, ahora son huella de su espíritu y simbolizan su tránsito cultural en esta comunidad chihuahuense.

Así pues, con mucha emoción, presentamos la nueva entrega de este programa editorial, que se ha consolidado como un semillero y una plataforma para los guardianes de las letras. Que estos libros sean la inspiración para aquellos que sueñan con contar sus propias historias y dejar una huella en el mundo literario.

¡Enhorabuena!

Marco Antonio Bonilla Mendoza
Presidente Municipal de Chihuahua

En este año 2023, el Programa Editorial Chihuahua continúa posicionándose como una plataforma indispensable para todas y todos los autores de nuestro municipio. Las letras, vehículo innegable del pensamiento humano, nos ayudan a fomentar no solo el pensamiento crítico, sino que nos ayudan a expresarnos, formar comunidad, y entendernos como seres humanos.

Este año se publicaron 10 títulos de autoras y autores, tanto con trayectoria, como nuevas plumas, quienes indudablemente llevarán la literatura chihuahuense a nuevos puertos. Su poesía, su narrativa, su teatro, sus expresiones artísticas, fungirán como un faro para todas aquellas personas interesadas en encontrar su lugar, ya sea como lectoras o lectores, o bien como artistas de la palabra.

El Programa Editorial Chihuahua sigue siendo casa de grandes artistas, y seguirá siéndolo. Las puertas del PECH se abren nuevamente para recibir las ideas, las expresiones, y la reflexión que transforman al municipio de Chihuahua en un oasis de arte y cultura.

Me es muy grato presentar a ti lectora, a ti lector, este libro, y esta colección PECH 2023. Una colección que continúa manando de mentes creativas imparables que siguen deleitándonos con sus letras. Este libro es una prueba fehaciente de ello.

¡Enhorabuena!

María Fernanda Bencomo Arvizo

Directora del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua

Prefacio

Después de estudiar de literatura todo lo que Dios me dio a entender, hallé en el teatro la clave para contar historias: el movimiento de actores, actrices sobre un escenario, la voz humana, el hilo de los conflictos que suceden en la vida real del drama frente al escenario. Y esto sucedió precisamente en dos momentos afortunados.

El primero sucedió en la Ciudad de México, en 1982, cuando fui al Teatro Sor Juana Inés de la Cruz a ver la obra *La visita del ángel*, de Vicente Leñero, actuada magistralmente por las actrices Myrra Saavedra y Carmelita González, y el gran actor Ignacio Retes, quien también era el director de esa maravillosa puesta en escena donde el realismo, diríamos hiperrealismo, luce en cada detalle: la escenografía magistral de Alejandro Luna que instaló un departamento completo, con énfasis en la cocina: lavadero con toda su parafernalia de plomería, basurero dispuesto, refrigerador trabajando, estufa con gas, Carmelita cocinando una sopa de verduras y unos filetes cuyos olores llegaban hasta los espectadores quienes presencian la visita de una muchacha a sus abuelos: ella llega, los saluda con mucho cariño, les platica su día a día: con desparpajo y confianza plena despliega la gracia

de su juventud. Así quiero yo escribir, pensé yo: con esa sencillez y con esa vivacidad que estoy mirando en el arte escénico.

El segundo momento sucedió en la ciudad de Chihuahua, en 1991, cuando vi en la Quinta Gameros la versión escénica que hizo Mario Humberto Chávez de *Traición*, pieza de Harold Pinter, dramaturgo británico. Al público le fascinaba levantarse de sus sillas y asistir a cada escena siguiendo a los actores, quienes se desplazaban por los bellos espacios de la casa hacia Londres y Venecia donde sucedía la acción. Bernardo Robles, Laura Lee y Óscar Erives hicieron personajes tan bien analizados que los espectadores no salíamos de nuestro asombro de estar en medio de la acción, incluso en el mismo espacio escénico donde ellos producían voces y movimiento con una sencillez maravillosa. Nunca olvidaré esta gran lección de cómo contar historias, pensé. Y así escribo desde entonces y hasta el día de hoy, claro, en el límite de mi capacidad y sin tener tan alta calidad artística como ellos: cuento historias como Vicente Leñero, como Harold Pinter, como Ignacio Retes y como Mario Humberto Chávez.

Jesús Chávez Marín

Julio 2023

Para Adrián Marcel Chávez Núñez

Primera parte:

Caminar por la banquetta

Cervecería

La borrachera es canija y más el que la aguante (en terceras personas). Eso pensé ayer en la tarde cuando me puse a borrar e mails viejos: me topé con uno de julio de 1992, de mi cuñado Xicoténcatl González. Era una disculpa que más bien parecía reclamo. A la letra decía:

Cuñado: La presente es con el fin de disculparme con usted y, por su conducto, también con los que estaban el viernes en la casa de Adelita Valentina, a donde por cierto no me invitaron, qué gachos. Me enteré por Elías Carrillo, quien pasó por mí para que lo acompañara.

Dijo que tampoco lo habían invitado a él, pero como es muy entabacado tenía pensado ir de todas maneras.

Pasamos por Piñón y luego fuimos a comprar tres cartones de cervezas Negra Modelo, uno para cada uno, jejeje, no te creas, y nos enfilamos rumbo a los panteones, al barrio donde vive Adelita.

Cuando llegamos nos hicieron mala cara. Algunos ni nos saludaron y eso que según esto son la crema y nata de la educación; ni siquiera nos dieron las gracias cuando bajamos uno de los cartones, pero sí empezaron a destapar botellas porque en la mesa de centro de la sala nomás había una triste botella de vino ya muy disminuida.

Tratamos de abrir plástica desplegando nuestra mexicana alegría, pero no nos pelaban. Adelita Valentina fruncía la boca muy recio; Salcido se puso a platicar en corto con Ana Paulina como si los demás no existiéramos; Lennon fingía leer un libro de Fábulas de La Fontaine; Rosy trataba con amabilidad de salvarnos de la helada indiferencia de sus congéneres, sin conseguirlo.

Lupe López le dijo a Lennon en secreto, pero asegurándose que la escucháramos todos: lo que pasa es que a Xicoténcatl le falta mucha clase.

Yo traté de hacerme el occiso como si no la hubiera oído, pero Elías gritó a voz en cuello: Los que no tienen ni poquita clase son ustedes, atajo de frustrados que se sienten exquisitos. Se tragan nuestra cerveza y ni nos dirigen la palabra. Y luego nos ordenó: Piñón, Gonzáles, larguémonos de esta pocilga.

Nos fuimos de allí, haciéndonos los muy dignos, y nos dirigimos a La Cervecería, a comernos unos tacos de barbacoa en el tercer piso de un edificio muy raro que está en medio. Elías muerto de risa nos atemperó con la frase que siempre pronunciaba para toda ocasión: ¡La fiesta sigue!

Dos almas

Con el alma en un hilo llegó Tomasita al hospital a donde llevaron a su hijo Gonzalo después del accidente; eran las cuatro y media de la madrugada cuando timbró el celular y le avisaron. Una troca negra que venía a muy alta velocidad por la Avenida Cantera había arrollado a los tres muchachos en el pequeño Honda de Rodrigo; el conductor se dio a la fuga. Rodrigo era amigo de Gonzalo, lo habían sido desde la primaria y fueron como hermanos. Rodrigo murió al instante, igual que el otro joven que venía con ellos; Gonzalo luchaba entre la vida y la muerte en el quirófano. Con angustia delirante la madre caminaba por los pasillos y por la sala de espera rezando, llorando inconsolable. Dos horas después le informaron que el muchacho había muerto, que si deseaba pasar a despedirse de él antes que lo llevaran a la morgue para la autopsia de ley. Tomasita entró a la habitación donde yacía su hijo, se abrazó a su cuerpo, imploró que su propia muerte le fuera concedida, pues no imaginaba cómo podría seguir viviendo sin su único hijo. Un aneurisma misericordioso llegó, luego de una punzada del más fiero dolor que imaginarse pudiera; duró la eternidad de medio minuto de sacrificio.

Accord

Al Messenger llegó este mensaje:

Soy July Arrieta; una amiga que es escritora me dijo que usted se dedica a la edición. Acabo de terminar una novela y me gustaría que me ayudara.

Puse una respuesta de rutina:

Estoy a sus órdenes, mándeme por favor su texto en archivo de Word o en PDF.

A los cinco minutos otro texto de ella:

Está bien, pero me gustaría conocerlo en persona, ¿qué le parece si nos vemos mañana a las cinco en el Néctar Café?

Acepté, luego de solicitar que me depositara quinientos pesos por la entrevista.

Con todo gusto —escribió—, deme los datos de su tarjeta.

Al día siguiente llegué puntual; en una mesa vi a una mujer muy guapa que leía una novela de Milan Kundera; era ella, me acerqué sin dudarle.

—Buenas tardes, maestro —me dijo con afecto discreto.

—Buenas tardes, señorita, me da gusto conocerla. Pero no me maestree, los editores no somos maestros de nada, solo cuidadores de textos ajenos. Mejor dígame “Morgan”. O “Adrián”, como prefiera.

En fin, mi perorata sirvió para entrar en confianza con quien quizá me confiaría su novela, ese tipo de textos que suelen revelar más la intimidad de alguien que una biografía explícita.

La joven escritora era muy agradable y concentrada, una mística de la literatura. En su novela se cuenta la historia de una mujer que decidió darle con toda calma la vuelta al mundo en su auto-

móvil Accord. Había heredado de su abuelo paterno una gran fortuna y, al terminar la licenciatura en Historia del Arte, decidió que su vida sería la de una viajera, una nómada acaudalada. En esa primera reunión en el Café recibí el original terminado: un cartapacio que contenía setecientas cuartillas.

July Arrieta y yo hemos trabajado juntos durante seis meses y ya casi terminamos la edición. Ya tenemos listo su texto para mandarlo a un concurso o para buscar editorial. Quedaron 480 cuartillas de excelente escritura.

Los Masculáis

Allá por los años ochenta del siglo pasado, el escritor Manuel López Chacón descubrió la antropología y se lanzó a la sierra para realizar profundas investigaciones. Un mes después sacó a plana entera en *El Heraldo de Chihuahua* una crónica morrocotuda donde revelaba con ampulosas descripciones, no por disparatadas menos verdaderas, el hallazgo de una civilización hasta entonces olvidada por la historia y por la prehistoria: el pueblo de Los Masculáis. Durante los meses siguientes, cada domingo, abundaba en datos nuevos acerca de aquella cultura que había preservado saberes ancestrales: desde cómo se peinaban hasta algunos oscuros secretos de la cacería; los deberes de los padres para con los hijos pequeños; la manera de irse a morir ya muy viejitos al valle del olvido para en ningún momento dar lata en este mundo al llegar el tiempo de la extrema senilidad. Y así el ingeniero López Chacón siguió saque y saque reportes de Los Masculáis.

Al principio tenía un montón de lectores, pero poco a poco se fueron aburriendo y al pasar de los meses ya casi nadie lo leía. Un detalle raro es que no había fotos de nada, el autor decía que Los Masculáis no permitían ni fotografías ni dibujantes en sus vastos terrenos. Como para entonces ya teníamos severas sospechas de que todo aquello era una chifladura de Manuel, Nacho Guerrero y Enrique Servín publicaron en aquel mismo periódico una foto que al pie decía: Auténtico Masculáis hallado en el puesto de Don Pit, comiéndose un burrito de rojo.

Resulta que Servín se disfrazó con unas flechas, unas plumas y un hacha de piedra y Nacho le tomó una de sus impecables estampas. Esa publicación tuvo la peculiaridad de ponerle punto final al cuento de Los Masculáis, pues desde entonces ya nadie volvió a escribir del tema, ni siquiera su voluntarioso descubridor.

Transistores

Pues aquí ando otra vez en las Segundas de la Niños Héroes; dice mi nieta que me gusta venir a estos lugares de paseo porque es mi parque y mi zona arqueológica, jajaja, esta muchachita me vacila cada rato, se le ocurre cada cosa.

No, lo que pasa es que se me descompuso mi radio de transistores y vine a buscar una bobina y una resistencia, pero he batallado mucho; aquí ya nadie sabe lo que es un radio de transistores, me miran de reojo pensando que soy un emisario del pasado, como les decía el licenciado Echeverría a sus adversarios.

Por más que procuro, no encuentro esas dos piezas: Ya fui a las segundas de los jueves de la Colonia Industrial, a las de los domingos en San Jorge y ni pizca de refacciones. Me aconseja mi nieta que vaya a Juárez, que allá sí las voy a encontrar porque hay un chorro de cosas del Army; pero no sé si me está coto-reando, porque es muy mula mi nieta. Salió al papá.

Altercado

El Gordo quiso disculparse con Lalita:

—No tengo palabras.

Ella le contestó:

—Lo que pasa es que no tienes palabra, Gordo, eres un mentiroso, poco hombre, cobarde, maldito miserable. Culero.

Ella sí tenía.

Laurel como tu nombre

Laurel como tu nombre, siempre me ha encantado que te llames así, Laurel Castellanos, aunque al principio batallé para llamarte con esa palabra tan bonita; me sonaba un poquito masculina, quizá por los resabios de mi machismo siglo veinte que no he logrado abatir del todo. Te decía mi cielo, chiquita, mi vida y otras expresiones aprendidas en las novelas de Corín Tellado, una de mis autoras favoritas (pero en discreto, porque no queda bien al canon reconocerlo, Dios me libre).

A pesar de todo eso, muy pronto la palabra Laurel de tu nombre ya era tan hermosa como cada uno de los elementos de tu cuerpo, tu voz, tu pelo, los relatos, la cintura, tu risa, los batik, tus hombros, todo, porque cada día conforme te iba conociendo te fui queriendo más y más, hasta la fecha.

Todo lo demás es historia, la nuestra en el tiempo de los demás, de todos: nacieron los hijos, pasaron los años, fuimos felices, llegaron los problemas, los resolvimos juntos, nunca nos peleamos, pero a los 23 de casados llegó el divorcio; unos meses de pleitos y luego la amistad serena: nacieron los nietos y aquí seguimos. Aún y para siempre seguiré amando la palabra Laurel y todo lo que significa.

Taumaturgia

—Sí vi de reojo ese poste doblado, pero procuré no verlo de fijo porque me cae la maldición oblicua. Chin, qué tonterías estoy pensando, no tengo ni la menor idea de qué es la maldición oblicua, es más, ni siguiera sé si existen las maldiciones. Eso me pasa por haber ido ayer a la consulta de La Señora Sofía por culpa de mi comadre Tomasita, cuando me pidió que la acompañara porque fue a que le hicieran un endulzamiento. Menos mal que los monólogos interiores no se oyen, si no, qué vergüenza.

Messenger

Hola, soy Aurora, te mando la foto para ver si te acuerdas; vine a esta fonda nomás para remover la herida: aquí fue donde me mandaste por un tubo. Ya sé que a lo mejor ni abrirás este mensaje cuando veas que soy yo, pero de todos modos te lo escribo porque no se me ocurre ahorita nada qué hacer mientras me traen la comida.

Te repito lo que te dije ese día: eres un desgraciado. Todavía no me explico cómo después de dieciocho meses me dijeras simplemente: Aurora, esto ya se acabó. Dieciocho meses: toda una vida, Leonardo, tiempo lleno de qué linda eres, mi amor; cómo te quiero, chiquita; qué guapa viniste hoy, mi cielo, puras palabras vacías y habitaciones de paso, fonditas discretas, encuentros furtivos.

Ya sé que desde el inicio me dijiste que eras casado, cínico, pero también me aseguraste que andabas en trámites de divorcio, en breve tiempo podríamos salir a todas partes, yo era la única mujer que amabas y no lo dudo, eso sí: yo era la única. Así lo sentí siempre en nuestra intimidad. Pero fuiste un cobarde y yo una tonta de siete suelas por haberme creído el cuento completo. Yo sí te quise mucho y, es más, ya pasó un año de que ya no andamos y todavía me duele.

A veces hasta me queda un hilito de ilusión de que algún día me llames, pero qué esperanzas, ¿verdad? Ni te divorciaste ni nada, pero de seguro ahí has de andar con otra y otra y otra, infeliz.

Las perlas de la virgen

Esa foto que te mandé en el Whats App fue de pura vacilada, tú sabes que yo no soy así. Es de un estudio que me hicieron cuando me quise poner de modelo creyendo ingenuamente que ganaría un dineral, no me odies por ser bonita. La Agencia prometía las perlas de la virgen: sueldo, sobresueldo, comisiones, viajes, horas extras; la dirigía un señor muy amable que había sido periodista; estaba en un local en el Periférico de la Juventud, con pistas de danza, camerinos y toda la cosa.

Yo entré allí luego de pasar dos años buscando trabajo, después de salir de la Universidad; mi carrera de nutrióloga me encanta, pero no hay por dónde colocarse. Total, a los diez meses la Agencia de Modelos quebró, a pesar de que nos solicitaban de edecanes de todos lados. ¡De edecanes, no de modelos! Y nos pagaban una miseria. Una acá, hecha toda una licenciada, y nos trataban como a sirvientas con minifalda. Al final, al dueño se le juntaron tres meses de renta y le pidieron el local, y es que la renta era exorbitante, si te digo la cantidad creerías que estoy exagerando.

Desalojo

Me pidieron la casa y llevo cinco días batallando; he recorrido todo el centro y las que he hallado las rentan muy caras o están en ruinas. Quiero por este rumbo, es donde crecieron mis hijos, ya me acostumbré a vivir aquí, no me gustan las orillas en la punta del carajo, colonias cerradas y con caseta, no, amo los barrios de antes, donde he vivido siempre.

Ya tenía 17 años en esa casa y ahora la tengo que dejar; le pedí a la señora que me la vendiera en facilidades, pero quería de enganche un dineral, así nomás no.

Muy a gusto que viví tantos años, allí criamos a nuestros tres hijos mi marido y yo; luego él se murió y me dejó buena pensión y una cuenta en el banco, pero no me alcanza para quedarme acá. Yo no sé qué iré a hacer, Diosito santo.

Siete suelas

Dios mío hazme viuda por favor se llamaba un libro que escribió Josefina Vázquez Mota; nunca lo leí, porque se puso carísimo cuando la señora salió de candidata a presidenta; además no creo que estuviera entretenido: en la tele los discursos de ella eran aburridísimos, no escribe nada que valga la pena. La frase del título se me hacía cruel y malintencionada, conectaba con aquel otro dicho: *el mejor marido es el marido muerto*, que no sé dónde leí. A mí me caían gordos esos refranes, porque yo quise mucho a mi esposo, lo último que hubiera querido es que se me muriera, y eso que era un arguenuedo de siete suelas: no le gustaba trabajar y ganaba una bicoca, siempre andábamos a la última pregunta y perseguidos por cobradores, ¡me daba una vergüenza con los vecinos!

De milagro pudimos sacar adelante a los dos muchachos y a la niña; ahora los tres son profesionistas y no les falta el trabajo. Uy, cuando me tocó a mí, me da un poquito de pena reconocerlo, me di cuenta de que esas máximas tan exageradas pues sí tenían algo de razón. En cuanto se murió mi Juan Alberto nuestra situación mejoró mucho: como era empleado de la Comisión, me empezó a llegar una pensión fabulosa, no lo podía creer. También dos seguros millonarios muy bien amacizados que pude cobrar de inmediato.

Por lo de la pensión redoblada me vine a enterar de que el infeliz tenía otra familia, mantenía otra casa, y a mí me escondió toda una vida lo que verdaderamente ganaba de sueldo. La fulana se presentó a reclamar manutención para sus hijos,

que ni siquiera eran de él, pero muy educadamente la mandé a freír espárragos. Legalmente no tenía manera de reclamar ni un cinco partido por la mitad.

Ritmo

Escucho un ruido de tambores en un barrio lejano, más al norte. Es difícil distinguirlo entre el tumulto de los carros que pasan por aquí, las voces de las casas cercanas, la gente que camina todo el tiempo, pero siento el ritmo de esos tambores y todo lo que significan. Se conecta con los pies, con la cintura: la danza circula como el agua y llena el aire de sentimiento. Por el viento llega ese rumor de melancolía y de alegre vida.

Bermejo

No se puede decir que la tribu de los Bermejo fueran delincuencia organizada, porque más bien eran un desmadre de familia. En la infancia fueron lo que se dice niños bien, aunque algunos de ellos ya desde chiquitos parecían malandros. O malandras. Pero el papá dilapidó en fiestas multitudinarias la gran fortuna que había heredado en cuentas bancarias, minas, tierras, rentas, y se quedaron literalmente en la calle.

Cuando los conocí, vivían todos amontonados en una casona ruinoso en el centro de la ciudad, donde se arrinconaban por doquier botellas y latas de cerveza, ceniceros repletos. Así que desde adolescentes fueron creciendo amargados y neuróticos, destripaban en todas las escuelas y ninguno terminó nada, solo cuatro de ellos la preparatoria y párale de contar. Aunque eran muchos, nomás dos se abrieron paso en la vida, me refiero a la planta productiva, y es que fueron criados en el abandono de la típica vida parasitaria de quienes heredan riqueza de generación en generación.

Una de las muchachas, que era bonita, se casó con un millonario, luego con otro; el segundo era un gringo viejo que, dicen, andaba metido y era de los gargantones; hasta estuvo una temporada en la penitenciaría. Todo esto sirvió por lo menos para que esa numerosa familia no terminara en la miseria y ya, vivieron felices para siempre.

Papasquiario

En esa iglesia me casé yo; ni por aquí me pasaba que fuera a vivir en la ciudad, nunca pensé en salir de mi pueblo tan querido, Santiago Papasquiario, donde conocí a don Enrique, mi aún esposo. Él fue a arreglar unos asuntos mineros; tiene muchos negocios y anda de acá para allá; en una de esas ocupó a mi papá en una construcción que andaba haciendo. Mi papá es contratista y yo le ayudaba con las cuentas, los impuestos y lo del seguro social de los trabajadores, me encantaba trabajar con él, me sentía bien importante y me quería mucho, Dios en paz lo tenga.

Cuando don Enrique pidió mi mano, mi papi nunca estuvo de acuerdo: Pero cómo cree, señor, usted ya es muy mayor y mi hija es una jovencita. De ninguna manera. Pero sí hubo manera, porque yo me encapriché y mi papá no era capaz de negarme nada.

Don Enrique era viudo y tenía tres hijos, sí era grande pero no tanto, además era muy guapo y me trataba como a una reina, no batalló nadita para convencerme. Vivimos felices durante cinco años, aquí en Chihuahua; pero luego empezaron las desavenencias: los hijos de él eran insoportables, nunca me aceptaron. Don Enrique viajaba mucho y no solo por negocios, era demasiado ojo alegre.

Al principio yo me hacía la tonta, como dicen que debe hacerlo una dama de respeto, pero luego me harté. Agarré mis cosas y me regresé a Santiago. Don Enrique ha venido varias veces a rogarme que vuelva, pero no. Yo soy muy determinante. Además, aquí entre nos, don Enrique ya dio el viejazo.

Machete

Había una vez un actor malencarado que escribía poemitas malos, pero tiernos. Por su aspecto triunfó en el cine haciendo papeles de maldito y le publicaron un pequeño libro. Aprovechó su fama de actor feo para hacer una gira de lecturas por toda la república; nadie lo leyó, pero los foros de cada lugar estaban repletos de curiosos y de gente, digamos culta.

En la cola

¡Chinita! ya se me hizo bien tarde en la fila del banco, bueno, llegué a la hora pico; todavía tengo que ir por los muchachos a la escuela, ya mero salen, pero si no pago hoy mismo, mañana cortan la luz, esos no esperan, hoy se vence el recibo; me encantaría pasármela a todo dar, como aquellos muchachos que están en esa banca, despreocupados, sin pendientes, viendo pasar gente guapa, en fin, bien lo decía mi papá cuando fueron a pedirme: ya te cansaste de vivir a gusto, m'hijita. Pero bueno, así es la vida, ni modo de que me quedara a vestir santos, ¿o era desvestir? ay no, estoy bien loca, ya no sé ni lo que estoy diciendo, menos mal que este es un monólogo interior y nadie escucha, excepto los que son expertos en telepatía, jajaja, ¿existirá la telepatía? uf, por fin, ya me toca.

Arguenudo

Dicen que no comía nomás se le iba en puro llorar; dicen que no dormía nomás se le iba en puro tomar, igualito que en la canción de Cucurrucucú paloma, pero eso no era cierto porque todas las mañanas llegaba temprano al puesto de carnitas del Canadiense o a los burritos que vende doña Candelaria en su comercio de abarrotes.

Lo que pasa es que Goyo era muy vaquetón, usaba de pretexto que Gladys, su señora, lo dejó, para andar de borracho todo el santo día en vez de ponerle al camello, atendido a que su santa madre lo mantenía: lo maleducó desde chiquito concediéndole todos los caprichos y ahí está el resultado.

Cuando en la primaria quiso dejar la escuela: está bien, como usted quiera, m'hijito. Cuando quiso irse al otro lado a ganar muchos dólares: está bien, Dios lo bendiga, mi rey, la virgencita lo proteja de todos los peligros de cuerpo y alma. Cuando volvió dos años después con una trocota del año y no le dio ni un dólar partido por la mitad y anduvo faroleando por todo el barrio con amigos y amigas: es que mi muchacho es muy alegre, muy gustador de la vida. Cuando le pidió que fueran a pedir a Gladys, habló maravillas del hijo: hasta parecía vendedora de joyería de tantos valores que inventó con los papás de la muchacha. Cuando Gladys le dijo que ya no lo aguantaba y que se iba, le suplicó que no lo dejara, que muy pronto Goyo sería otro, uno cumplido y serio, que ya vería: ella misma se iba a encargar por mientras de los recibos y del chivo.

Pero la mujer ya estaba hasta el copete del arguenudo de Goyo, por eso ahora dizque el mismo cielo se estremecía al oír su llanto.

El Queso

El Queso llegó tarde y ya se lo acababan los compañeros, has de haber batallado mucho para que te dejaran salir, le decían, primero tuviste que lavar los trastes y planchar toda la ropa, de mandilón no lo bajaban. A mucha honra, les contestaba, ya no soy un neandertal como ustedes, ya evolucioné, trabajo en mi casa hombro con hombro con mi esposa, soy igual a la humanidad completa, no un iluso cacique doméstico. Risas y burlas le sobraban al Queso, hasta que conseguía cambiar de tema platicando de hijos y escuelas y juntas con las compañeras de la Generación 2011 de Conta.

Primeros auxilios

Nan llegó a la Cruz Roja del Santuario, donde trabajaba; a las siete de la tarde se dirigió a la central, por la ambulancia que estaba a su cargo, una Chevrolet que a él le había tocado estrenar a inicios de la temporada. Había tomado cursos de primeros auxilios con tres niveles de dificultad, y diplomado de dos años en técnicas paramédicas; luego había hecho servicio social como voluntario, donde destacó por su rapidez para tomar decisiones y su efectividad en la agitación de las emergencias. Como era sábado, las llamadas no se hicieron esperar.

La recepcionista le pasó el reporte:

Nombre: Josefina Belmonte

Incidente: Volcadura en automóvil, presuntamente voluntaria.

Domicilio: Canal del Chuvíscar, a la altura de Avenida Las Industrias.

Responsable del aviso: Juan Bermúdez

Trece minutos después, Nan y su copiloto, también paramédico avezado, bajaron de la unidad, cuyas luces permanecieron prendidas haciendo una escandalera visual en medio de la noche que iniciaba. Con agilidad profesional descolgaron desde lo alto del puente dos escaleras de cuerda por donde bajaron casi al vuelo, cargando una camilla plegable y un kit de urgencias. Casi clavado sobre el fondo de concreto, recargado sobre la cortina del canal, había quedado el carro, en aquella posición inverosímil: un Honda Accord nuevecito de color blanco. Al asomarse por la ventana vieron a una mujer que trataba de zafarse de la bolsa de aire que le había salvado la vida, a pesar de su intención de arrancársela de tajo.

El acto de rescate fue casi heroico por el grado de dificultad. La llevaron al Hospital Ángeles y después del examen de ingreso la pasaron al quirófano para una cirugía, porque se había fracturado las dos piernas.

A pesar de todo, la tóxica muerte le llegó a la mujer a través del plan b de su voluntad suicida, pues antes de su violento impulso de volcarse en su carro ella había tomado 27 somníferos.

Hay días de color sepia

A veces la mirada de quien te amaba tiende un velo, sombra de abandono. En el horizonte se dibuja un instante la silueta que no volverá. No podría saberse si Rafael pudo ver a tiempo esa mirada, ni si la silueta de Lucía apareció en algún lado, lo único cierto es que luego de varios días de cavilación dolorosa respecto a ciertos papeles que halló por accidente, el 28 de septiembre despertó muy temprano con la resplandeciente claridad de que había llegado la hora de enfrentar la verdad y tomar la decisión fatal de irse para siempre.

Ahora entendía que su matrimonio fue toda una farsa que Rafael montó para su exclusiva comodidad; había descubierto que desde el primer mes de su vida juntos le había sido infiel; siguió su vida de crápula que, cuando eran novios, ella procuraba ignorar, pensando como toda ilusa que eso tenía remedio y que el remedio sería precisamente ella, el amor que se tenían, el compromiso que llegaba con el matrimonio.

Durante aquellos años ella fue discreta con las salidas de Rafael, y sobre todos con las llegadas a deshora, con su tiempo de hombre libre que se extiende hasta la madrugada, con los viajes de repente por los vagos motivos que fueran de trabajo, de capacitación, así son los hombres ocupados, necesitan su independencia para funcionar y, en eso, Rafael era completamente funcional, buen proveedor, puerto seguro.

En estos días de color sepia los recuerdos se van tiñendo de verdades: aquellos escritos revelaban que no era tan funcional el hombre: es y ha sido siempre un completo ególatra. Un solo

ejemplo: con los ahorros de los dos juntos, él se compró un Honda Accord de agencia y lo cambiaba cada año, y a ella le compró un Tsuru seminuevo. Le explicó que para sus asuntos él necesitaba representatividad y entonces el automóvil era como quien dice parte de su herramienta de trabajo. Y ella, como en otros tantos asuntos, procuraba hacerse a la idea de que era cierto, y que creerle no era más que uno de los actos del gran amor que siempre le ha tenido a él, desde que lo conoció y lo admiró y se apasionó con él por razones que ahora no se explica cuáles pudieron haber sido: misterios del cuerpo y de la mente dañada, tan dañada que aún en este momento, cuando cayeron todos los velos y ya no hay simulación posible para seguirlo queriendo, lo ama como desde el principio.

Por eso la única salida era cortar por lo sano. Qué irónica le parece esa frase, luego de tener tan bien definido lo que haría esa mañana, casi madrugada. Un compañero anestesiólogo le preparó un kit infalible, una mezcla de venenos y adormideras; le explicó bien la batería de las tres inyecciones que tendría que aplicarse; no era difícil que entendiera porque ella también era médica de otra especialidad. Agradeció la lealtad y el profundo y amplio respeto de su colega, quien luego de tratar de convencerla de que la vida sigue a pesar de lo que sea, cuando la vio tan decidida y entera, terminó por ayudarla a morir, a irse ella sola con absoluta desesperanza y libertad.

Año nuevo

—Ya te dije que no te puedo invitar, Bernardo. El año pasado hiciste un desmadre a las meras 12.

—Pero he cambiado, Eustolia. Ya dejé la tomadera y hasta conseguí trabajo con mi compadre Raúl, en la ferretería.

—Pues sí. Es la quinceava vez que cambias y que dejas el pisto, pero lo necio y lo peleonero no se te quita. Ya me la has hecho cantidad de veces. Soy tu hermana, no tu madre para andarte aguantando. Pobrecita de mi mamá, que Dios la tenga en su santa gloria, al último ya era la única que te consecretaba. Hasta te daba para la droga, para que te curaras de la malilla. Pero olvídate: no vuelves a poner un pie en esta casa en lo que te resta de vida.

—Ándale, hermana. Nomás por esta vez. Supe que aquí se la van a pasar mis hijos, y tengo un montón de ganas de verlos.

—Anda, si ellos son los primeros que pidieron que por ningún motivo te fuéramos a invitar. ¿Ya se te olvidó que los avergonzaste a los dos delante de todo mundo?

—Pues sí, todos cometemos errores.

—¿Errores? No mames. Los tuyos no eran errores, eran verdaderos escándalos, uno tras otro, y hasta lo disfrutabas, desgraciado. No señor. Y ya vete, voy a cerrar la puerta, tengo mucho quehacer. ¿O hasta rogón vas a resultar? Ya era lo único que te faltaba.

La niebla

Había una vez un sapo que no se decidía a saltar; el agua parecía helada y nada tenía sentido. Dos horas después ya no la pensó más: el ruido en el lago se oyó rotundo, plop, luego del disparo.

Hilitos grises del tiempo

Esta madrugada fue distinta, porque regresaste; venías derrotada como en un tango de rompe y rasga, pero a pesar de todo hermosa. Luego de tres años me había cansado de esperarte y ahora, cuando sin pena ni gloria han pasado estos meses de resignación, apareces donde menos lo hubiera imaginado: en la presa El Rejón, caminando hacia mí en el horizonte de las 6 de la mañana.

—No te asustes, Ismael. Nomás te vine a saludar, ya mañana me regreso para el otro lado; la pensé mucho para buscarte, pero ya ves, me ganó la tentación. Como siempre, ya sabes.

—No te apures por eso, Fabiola; nunca has estado ni estarás para asustar a nadie, solo que la sorpresa de verte luego de tanto tiempo, y precisamente en este parque y a estas horas, me dejó un poco desconcertado. Creí que ya jamás te iba a mirar en lo que me resta de vida.

Pero allí estabas, en el frío de enero, tu cabellera oscura caía como una bandera de seda sobre tu espalda, los ojos color caoba me enfocaban con cariño y compasión, sin una pizca de arrepentimiento por haberme abandonado de la noche a la mañana luego de cinco años de amor eterno.

—¿Y ya no querías verme nunca?

—Pues mira, todavía hace un año te vi todos los días en mi pensamiento y en alguna de las fotos que te tomé en aquel entonces. Aunque no lo creas, las mandé imprimir todas en Fotográficos Ayala y las guardo como reliquias sagradas. Era tu más rendido adorador, a pesar de que me traicionaste.

—Yo no te traicioné. Lo que pasa es que tú no quisiste comprometerte como es debido. Tú y yo jamás íbamos a llegar a nada y yo quería casarme, quería estabilidad y compromiso. Eso siempre te lo dejé bien claro.

—Como sea. Todo eso ya me importa muy poquito. Resultaría ridículo que a estas alturas nos pusiéramos a discutir de lo ya pasó, de lo que pudo haber sido y no fue. Desde el primer día, desde aquella vez en la cima del Cerro Coronel, te diste cuenta muy bien que yo te quise, que yo te amaba con toda el alma, y sabes que siempre fue así. Y lo fue también mucho tiempo después de que te fuiste con tu esposo norteamericano, del que te divorciaste a los dos meses.

—Tienes razón. Ya para qué hablamos de eso. Solo vine a saludarte, Ismael. Por cariño, por los recuerdos, por el pasado. También por aquella canción de Roberto Carlos: *necesito saber qué será de ti*.

Lo que más me impresionó de aquella visita fue que en verdad ya me había curado de ansiarla, de recordarla con dolor, con ese dolor que era lo único que me quedaba de ella y que por eso lo cultivaba y, podría decirse, disfrutaba. Y que ahora ya me fuera indiferente. Pude sentir el cariño que siempre le tuve, desde cuando fuimos amigos y luego una pareja tan intensa; la ternura de mirar su cara hermosa en el marco de su melena negra, ahora con algunos hilos grises del tiempo. También me sorprendió hallar en mi pensamiento alguna leve satisfacción por mirarla derrotada y sin esperanza, esta alevosa sensación de venganza de la cual me apropiaba sin querer.

Las deudas

Había una carta con orillas negras de quemaduras. Yo era cobrador de Gonter y buscaba el nuevo domicilio de un deudor que se fue sin avisar. Soy un sabueso terco, en cuanto vi la hoja, dije: aquí voy a saber a dónde te fuiste sin pagar, topillero. En el papel unas letras cuidadosas, bellamente manuscritas: No sé cómo llegamos a esto, Lucía, si nos queríamos tanto. La gente platicaba que éramos la pareja perfecta. Sí, cómo no. Cuando te vi con Ariel, no lo podía creer: llegaron muy abrazaditos al Confort Motel en tu carro. Yo iba saliendo y también me descubriste después de tres años de relaciones secretas con Luisa, tu hermana. O a lo mejor desde hace mucho que lo sabías, según la leyenda esa de que las mujeres siempre saben todo, intuyen lo que está sucediéndoles. Qué triste, qué pena, qué sórdido me parece todo y ahora: mira. Nuestra casa. La que hicimos juntos. Donde fuimos felices. Mira. Un basurero donde se secaron los sueños, nuestro pasado.

Es difícil soltar

Cuarenta años después quemé tus cartas, aquellas que me escribías cuando ibas de vacaciones a Guadalajara, una diaria. Las guardé porque soy sentimental y porque me gusta conservar cualquier medio que guarde algún resquicio de información, linfa de historias. Hoy el correo físico ya no existe, como bien lo sabes; los carteros ya solo traen recibos, publicidad y alguna que otra revista de los que insistimos en suscribirnos a los escasos medios impresos que van quedando. Este mismo mensaje te lo estoy enviando a tu Whatsapp, y no como antes, cuando echaba la hoja en el sobre, lo cerraba y lo llevaba al buzón del centro, para responder al papel perfumado en el que tantas veces me contaste tus aventuras con tus primos, uno de ellos tu pretendiente constante, y te las ingeniabas para escribirme palabras de cariño, que yo correspondía mandándote poemas. Unos míos y otros de Pablo Neruda. Pero hoy las quemé porque he venido por fin desprendiéndome de tantas cosas de antes que ya no tienen ningún sentido, cambio de piel y despedida.

Sí, mami

Apúrate, m'hijo, no sé para qué te traje al centro, si ayer no hiciste la tarea. No sé con qué cara le voy a salir a la señorita, ¿sabes de qué es el citatorio? de seguro ya te has de haber peleado otra vez con tus compañeros; ay Rubén, no sé por qué saliste tan revoltoso, m'hijo, si tu padre es tan tranquilo deberías seguir el ejemplo pero de seguro saliste a mí que no me aguanto ni sola. Bueno pues, qué bueno que por fin pude comprarte tus tenis me salieron carísimos pero te cumplí el capricho de la marca y toda la cosa Rubén, pero acuérdate que me prometiste que ya te vas a portar bien en la escuela no quiero que te corran mi niño, no seas así.

Ojo de hormiga

Ixtlachiuatl Chacón era de esos galanes a la antigua que suelen todavía mandar flores y todo el kit: serenata con trío, cena en La Calesa y encerrona discreta en el Castel Sicomoro. Luego, ojo de hormiga: no volvía a llamar, ni a contestar el teléfono y desaparecía de tu Facebook.

EI SAT

No me rindió la mañana, muchos pendientes. Llevé a los muchachos a la escuela en Uber porque la troca se descompu-so, le hice la lucha y creo que la dejé peor, al último la tuve que dejar en el taller. Y luego Alicia que llegó de Namiquipa con un montón de requerimientos de Hacienda, yo no sé por qué le hice caso a Óscar de que no diera de baja la pasture-ría cuando nos vinimos para acá, todas las declaraciones se quedaron hechas un reborujo, uf, y ya ni junté los papeles ni comprobantes ni facturas; lo bueno es que acá nos ha ido bien, en la maquiladora gano más que los ingenieros, aunque me pongo unas pelás del cabrón manejando desde Arizona hasta Yucatán; el tráiler tiene todo y es último modelo, pero a la larga se pone dura la cosa, uy, ya me alburié yo solo.

Burbujitas de sal de uvas

Por alguna especie de fatalidad, Esteban tuvo la mala suerte de seguir viviendo algunos años después de que murió su esposa. Una tarde escribió esta carta a la memoria de ella: Querida mía: Hace mucho tiempo que no te he visto y quizá ya no te veré; aunque guardo en el pensamiento imágenes de ti, momentos de tu existencia en diferentes edades. Daría lo que me queda de vida, que además vivirla sin ti no es la gran cosa, por mirarte unos diez minutos, respirar en medio de tu pelo sedoso y oscuro, sentir de cerca el mar de burbujitas de sal de uvas Picot de tu cuerpo. En esta carta no solo quiero añorar estos dones para mí, sino también los que tú disfrutas con tanta plenitud: la sonrisa de tus hijos y de tu nieta; los espacios armónicos que instalabas en tu casa con espejos, flores, piedras, fotos, muebles; tu mirada frente al mar donde solo allí podías mirar la plenitud de tu alma, natural y generosa y luego los libros, mirarte serena en tu sala leyendo algunos nuevos y luego siempre volver a los mismos que leíste varias veces para comparar tus ideas con las páginas y con el tiempo que va pasando. Adiós, extraña y para siempre mía a pesar de tu delicada y absoluta libertad con la que viviste siempre, tan hermosa.

Troca de agencia

La sacaste nuevecita, en la agencia sirvieron pastel de chocolate y te despidieron con un arco y un ramo de globos y luego a batallar para las mensualidades, pero eso sí, troca muy buena para el trabajo y la familia feliz. Un año después terminó el mantenimiento de garantía, fuiste haciendo desidia. Cuando te chocaron el fénder, te dieron buen dinero por los daños y lo gastaste en otra cosa, ahí después la llevo al taller de Alfredo, pero no, fuiste haciéndote pendejo y nunca la llevaste. Se cayó la manija de la puerta y le pusiste unas pinzas perras por mientras; todavía es hora que allí están. Las llantas de plano ya no admitían el desponchado, comprabas usadas en vez de ponerle nuevas, que a lo mejor más adelante, decías. Y así los muebles se van descuidando. Un día alguien en la calle les toma una foto y miras lo que queda de troca.

La tele y el pisto

El borracho empedernido era lo apenas funcional para que no lo corrieran del trabajo, aunque siempre fue buen proveedor económico del hogar y nomás por eso se imaginaba a sí mismo ser el esposo modelo y magnífico padre de familia.

En la mañana tomaba un vasito de whisky, nunca en ayunas porque sabía cuidar la salud, y nunca un segundo caballito, bueno, a veces sí, pero muy pocas veces, porque no quería reborujarse en la labor cotidiana: era contador de una agencia de carros y si se le cuatrapeaban los números podría hacérsele un desmadre la hoja de cálculo. Y lo peor es que ya no eran aquellas hojas de cálculo que uno visualizaba completas para ver dónde estuvo el rojo, ahora todo eran programas de computadora y si aplastaba uno la tecla equivocada se hacía un remolino en cadena.

Al salir de la chamba, entonces sí se soltaba el pelo como en la canción de Luis Pérez Meza: se dirige con gran sentimiento hacia la cantina se va a emborrachar. Y bueno, fuera viernes, o alguno que otro día entre semana, okey, pero no, esto es de todos los días. Aunque eso sí, como el cromo intachable que creía ser, regresaba temprano a casa, para no desvelarse. Caminando derecho y muy contento, aunque sin exagerar. Los aspavientos no eran lo suyo sino la amabilidad constante.

Los fines de semana eran la merecida recompensa para tanto sacrificio. Se aislaba de la familia y en su cuarto permanecía metiéndose severas dosis de series y películas al compás de muy medidos pero constantes vasitos de tequila Herradura blanco aderezados con cerveza Bohemia clara.

Para su esposa ya era un extraño hombre de color bermejo, con quien apenas hablaba lo indispensable. Para los dos hijos, ya adolescentes, era una vergüenza social, íntima pena.

En la foto con alguien

El celoso contumaz andaba que se lo llevaba la fregada porque su linda esposa no lo podía llevar a la fiesta de aniversario de LQ, pero es que era solo para empleados. Con toda paciencia, ella le explicó:

—Sería ridículo que me presentara contigo y luego no te dejaran entrar. O que sí te dejaran y fuera yo la única mensa que llevara al marido, a pesar de que nos dijeron claramente que asistiéramos sin invitados.

—¿Y por qué lo de mensa? Le das su lugar a tu legítimo esposo.

—No mames, Gualberto. Cada año tenemos esta misma discusión, al igual que para la Posada del trabajo. Entiende. Son las normas de la empresa.

—Pues entonces no vayas. ¿Por qué estás tan interesada? De seguro te vas a sentar a la mesa con el mentado ingeniero Gutiérrez, como la otra vez. Salieron muy juntitos en la foto, no creas que no te vi en el Facebook.

—Ya te expliqué 378 veces lo de esa selfie, no empieces otra vez con eso. Arnoldo es mi subalterno, y en la mesa estábamos todos los de la Línea 8. Soy la jefa de producción, no la fichera de la mesa 8, con una chingada.

A Gualberto le irritaba en el hígado y en otras partes más externas y posteriores que su mujercita sagrada dijera malarrazones, por eso permaneció callado hasta que terminaron de almorzar. Luego se fue con cara de muy pocos amigos al trabajo, en ostensible silencio y sin despedirse.

Ni el capital ni los intereses

La abnegada hermana ya estaba hasta la coronilla de que le pidieran dinero prestado nomás porque, según esto, era la pudiente de la familia. Quien más la tenía frita era su hermana topillera. Socorro desde hacía años se mantenía pidiéndole pequeñas cantidades y también grandes cantidades a Licha; esta no era capaz de negarle nada a su hermanita menor, desde que las dos eran unas niñas y también hasta nuestros días, a pesar de que ya era toda una cuarentona hecha y derecha, y por cierto muy bien hecha, porque estaba buenísima.

Socoquito era todo un caso. Cuando tenía apenas quince años se le ocurrió casarse con uno del barrio que era un bueno para nada igual que ella; el muchacho tuvo que abandonar la secundaria y meterse de chofer de un Urbano, a pesar de que no alcanzaba la edad, pero le consiguieron una licencia chueca y le dieron jale porque era uno de los 473 ahijados de bautizo de Doroteo Zapata. Ella abandonó sus estudios de secretaria ejecutiva en el Paltmore, donde sacaba puros nueves y dieces, fue un desperdicio de tan buena estudiante.

A los dos meses de casados, a Chunny, que así se llamaba el joven marido, le concedieron un préstamo del Infonavit para una casa bien bonita en el barrio del Santo Niño. ¿Por qué tan pronto? ¿Por qué un crédito de los más altos? Cómo que por qué, señoritas y batos interesados en lo que no les importa: por mi padrino y también por mis propios méritos, contestaba risa y risa.

Todos felices, incluso Licha, a pesar de que su hermanita era una conchuda de lo peor: Fíjate que vi en Sears un suéter padrísimo,

estaba en oferta, pero no alcanzo, ¿me prestas quinientos? Este mes no tengo para el abono de la casa, y si no pago en la fecha me ponen unos recargos bien cabrones, ¿puedes prestarme tres mil? Te los pagamos cuando le den el aguinaldo a Chunny. Vimos un plan baratísimo de tres días en Mazatlán y queremos que el niño conozca el mar, pero no acabalo ¿me prestas? Me va a llegar un bono, en dos meses te pago.

Licha siempre le daba; desde que Socoquito era bebé le encantaba tenerla chiple. Pero llegaba el aguinaldo y ni sus luces, llegaba el bono, y ni un abonito, aunque fuera nomás por no dejar. A Socorro se le olvidaban todas las deudas con la hermana y muy garbosa volvía a pedirle como si no le debiera. No pagaba ni el capital ni los intereses.

Además de para comprar joyitas, lencería y vestidos de moda, le prestó para que salvara la casa de un embargo, para divorciarse de Chunny, para la fiesta de tres, cuatro, cinco años del niño, para dar el abono de un carro Matiz en la agencia Chevrolet, y otras tantas que se le olvidan, como ya se le olvidaron para siempre a la hermana topillera.

Paquete vacacional

El vacacionista desconsiderado llegó a su casa muy contento, ya que por fin había conseguido los boletos, a pesar de la temporada alta. Incluía el plan todo pagado, transporte aéreo, suite junior en el Riu Puerto Vallarta para dos personas.

—¿Qué crees? Me dieron el precio de paquete normal, a pesar de las vacaciones. Les alegué que mi hicieran válido el apartado, no era justo que aumentaran. Me salieron con que tenían todo repleto, no había lugar ni en las habitaciones de los mozos. Esa no es mi bronca, señorita, le dije a la gerenta. Yo aparté desde enero. Para no hacerte el cuento largo, ya quedó todo listo. Nos vamos al miércoles a las 7 de la mañana por Volaris.

Tencha escuchó con cierto apuro todo lo que dijo Nan, su (segundo) esposo. Con tono compungido, habló estas palabras:

—Híjole, entonces esto no te va a gustar ni tantito. ¿Qué crees? Hortensia y Beto se fueron a una boda en Arizona, nos dejaron a los niños. ¿Podrán cambiar las fechas en la agencia? Hasta nos conviene, para no andar allá entre el gentío que va por estas fechas, nos la pasaríamos más a gusto.

—Tencha: Sabes muy bien que eso es imposible. Ni las aerolíneas ni los hoteles hacen cambios de nada. Además, cuántas veces te he aconsejado que les digas a tus hijos que ya tienes casa aparte, mujer. No eres su niñera de a gratis, como los tenías acostumbrados —no podía Nan impedir que se le notara un tono de impaciencia. Trataba de no molestar a su (tercera) esposa, pero, pues, un poquito de por favor. Ya estaba harto de tener encima nietos ajenos y entenados atenidos.

—Pues lo siento, Nan. Esto es asunto mío. Con mi familia no te metas; mis hijos son mis hijos. Y si a ti te caen mal, me importa un comino —sobre reaccionó Tencha, casi gritando.

—Tu familia no me cae mal, y siempre los trato con educación. No me caen mal ni me caen bien, no tienen por qué caerme mal o bien. Tú eres mi pareja, no ellos. Y ahora el problema no es ese: simple y sencillamente no se puede cambiar la fecha de las vacaciones. Por otro lado, es en estos días cuando tengo vacaciones del trabajo, no cuando se les ocurra a tus hijos dejarte en paz —por más que lo intentó, a Nan se le subió el coraje con tanta pendejada.

Entonces ella se metió furiosa a la recámara y dio un portazo espectacular.

Ya se dijo, era imposible cambiar la fecha del paquete, pero sí el nombre de la susodicha, pagando un recargo del 30%. En forma discreta invitó a su amiga Fátima, y asunto arreglado. Quedaron de verse pasado mañana a las 5 en el aeropuerto.

Pos oye

Fer no invitó a su primo Chalo a su boda, pero este de todos modos fue. Al llegar estaba Fer en la entrada y le dijo:

—¿Tu invitación?

El otro contesta:

—Má. No me la mandaste y ahora me la estás pidiendo.

Europa

El avaro metódico era muy agradable, lo fue desde jovencito y hasta la fecha, siempre y cuando no se presentara el asunto de los centavos porque entonces sí se paralizaba, se quedaba callado o se retiraba del lugar. Mucho cariño verdad, pero que no contarán con él para socorros ni dádivas.

A pesar de que había heredado de su madre una gran fortuna, y podría decirse que era un hombre acaudalado, vivía en forma discreta, gastaba apenas lo indispensable para él y su señora esposa, tocaba lo menos posible las inversiones en el banco para que ganaran más dividendos y, sobre todo, para no gastar.

Ella al principio se sentía lastimada y triste de que él fuera tan miserable con todo, pero a la vuelta de los años, por amor y por costumbre, se fue haciendo a su modo, y ya era tan poquita como el marido. Desde al principio habían decidido no tener hijos. Salen muy caros y son muy ingratos, decían, y se complacían barajando ejemplos de ingratitud y derroche.

Ahora que son viejos ya no procuran a nadie y ya nadie los procura. La pensaron mucho pero luego de años y años de cavilaciones hicieron un viaje por varios países de Europa, procurando gastar lo menos posible, como siempre.

Un escalofrío de entusiasmo

A la escritora agorzomada le llegó invitación para el Encuentro de escritores Lunas de Octubre. En la carta la ponían por las nubes y le ofrecían el mar, hotel de lujo y hasta la grandiosa presentación de su más reciente libro, con tres comentaristas eminentes y famosas. La escritora agorzomada sintió un escalofrío de entusiasmo y de íntimo gozo, y casi de inmediato el consabido mareo de su angustia.

Ay cómo le iré a hacer, pensaba. En sus manos el fino papel de la carta se movía al ritmo de los espasmos de su nerviosismo a los que ya estaba acostumbrada, aunque no debería estarlo, sino que desde hace años hubiera tenido que buscar ayuda médica o psiquiátrica o psicológica, qué sé yo, algo que le quitara lo manillenta.

Le daba terror nomás de pensar el grito en el cielo que pondría su marido talibán cuando supiera que la habían invitado a La Paz Baja California con gastos pagados, y durante una semana tendría que ausentarse de la casa, de los cinco hijos y de los brazos amorosos y fuertes y gandallas que la aprisionaban en el hogar dulce hogar.

Haciendo de tripas corazón, contestó por e mail con un sí. Que le mandaran los boletos de avión. Que reservaran su habitación en el hotel. Que apreciaba mucho la cordial invitación y agradecía el honor de ser presentada por las tres literatas tan prestigiosas, de las cuales era ella una rendida admiradora. Okey, a lo hecho pecho.

Su nombre apareció en el programa en un espacio distinguido,

porque seguramente entre los organizadores de Lunas de Octubre alguien consideraba que los poemas que la escritora agorzomada publicaba en un sinfín de revistas literarias, además de sus dos libros, tenían un alto valor artístico, lo cual era cierto, porque la verdad la escritora agorzomada era una gran escritora, pero tan agorzomada que nadie la conocía porque no iba a ningún lado, ni tenía Twitter, ni Facebook, ni fotos, ni selfies, ni redes. Y a pesar de que su nombre había aparecido en otros encuentros literarios por todas partes del país, nunca se presentaba. A última hora mandaba un mensaje de dos renglones avisando que no llegaría. Mi embarazo me lo impide, me salió trabajo de última hora, se me puso malo el más pequeño, mi marido tuvo que salir de viaje.

Esta vez de las Lunas de Octubre sucedió lo mismo: La respuesta afirmativa con entusiasmo, los días que pasan, los carteles que anuncian su ponencia, su lectura y su presentación y, dos días antes, la pálida disculpa y la ausencia de la escritora agorzomada.

Ruin herencia

En la a veces tan árida vida, la personalidad discreta de Silvia hacía la diferencia para Francisco, quien en su infancia se había acostumbrado tanto al dolor que ya lo sentía como parte natural del cuerpo. Su padre lo había soportado nomás porque no le quedaba de otra, ni modo de echar el niño a la calle cuando murió la madre, pero para él fue un estorbo. En cuanto se quedó viudo se dedicó a vivir muy triste y también a darle vuelo a la hilacha con cuanta mujer le daba entrada, se volvió de lo más promiscuo él, que antes había sido un modelo de fidelidad y cariño para la que siempre sería típicamente el amor de su vida.

Pero al hijo nunca lo había querido, y no porque dudara de que fuera suyo sino porque simple y sencillamente no le gustaban los niños y además porque de por sí era un miserable de siete suelas. No quería darse por entendido de que la misma muerte de la mujer también había sido por culpa de sus esmerados ahorros pues, a pesar de quererla tanto, cuando se puso grave, en vez de llevarla a un buen hospital fue y la aventó en el sótano de urgencias del IMSS, que la verdad parece una antesala del infierno donde en camastros con sábanas percutidas se van amontonando enfermos y moribundos a la espera de que algún médico misericordioso les abra un lugarcito en sala general donde apenas empiecen el tratamiento hospitalario que requerían desde que los llevaron dos, tres, siete horas antes.

Y ahora fue Francisco quien se quedó solo, la miserable historia se repite, pero Silvia no se murió, ella se fue a otra vida menos taciturna, luego de cinco años de estar casada con él en aquel hogar donde esperó a que llegara la felicidad, y esa nunca llegó.

Un cheque de pésimo recuerdo

Conocí a Miguel Sánchez en una típica fiesta de los años ochenta, de aquellas que daba yo en mi casa con abundantes cigarrillos, licores y alguna que otra precaria comida dizque artesanal que traían algunos o algunas de los invitados, invitadas, en cazuelas de barro. Sánchez era conocido de un primo lejano, y ese día nos hicimos amigos porque me dijo que había comprado un libro mío del que no se acordaba el título, donde venía un cuento que le pareció padrísimo, así dijo, y que un día de estos pensaba aventarse el volumen completo, para adentrarse con el contenido de tan profunda filosofía. Mi libro era de chismes, no de filosofía, pero de todos modos me sentí halagado con su acertado comentario.

A Sánchez nadie lo conocía, ni yo, y mucho me temo que era uno de esos individuos que tienen un detector de fiestas ajenas y se la pasan a toda madre los fines de semana sin gastar un centavo. En su favor debo añadir que era simpático y educado, derrochaba ese ingenio aproximado que suele surgir en el viaje alcohólico y que ya visto de cerca es vano y vulgar, pero que la gente celebra muerta de risa, al andar todos igual de atizados.

A mí me cayó muy bien Miguel Sánchez, estuvimos platicando buen rato en medio de la algarabía, a veces a gritos cuando alguien le subía demasiado al tocadiscos donde sonaba música de Los Doors, Pink Floyd, ese tipo de clásicos. Me contó que era contador, había salido de la Facultad de Contaduría y Administración, así dijo, y que llevaba la contabilidad de PH Steel, una empresa con siete sucursales en el estado y otras quince en el

resto del país. Por no dejar, también me preguntó a qué me dedicaba. Con tantita pena expresé que tenía una editorial casera donde hacía libros y revistas.

—¿De modo que eres empresario, Chávez? Nunca me lo hubiera imaginado —celebró con aspavientos y yo todo avergonzado, rogándole a Diosito santo que nadie lo hubiera oído, como así fue, todo mundo estaba en lo suyo.

—No soy empresario de nada, te dije que era editor, no negociante —repliqué, para no quedar en ridículo, porque en aquel entonces yo me vestía con ropa de El Pasito, usaba chamarras del Army compradas en las segundas, y estaba seguro de que un empresario siempre usaba traje y corbata.

—Claro que eres empresario, mi buen. Tienes clientes y proveedores, comercializas un servicio indispensable para la economía del país. Eres un empresario hecho y derecho —declaró.

Creí que me estaba vacilando, como seguramente así era, así que le dije:

—Espérame tantito, voy al Oxxo por unos hielos.

Una semana después llegó muy orondo a mi flamante negocio, según él, o sea, al cuarto donde tenía yo un escritorio y una computadora del año del caldo.

—Oye Chávez, fíjate que se me acabó el efectivo y tengo que hacer unos pagos. Te quiero pedir el gran favor de que me cambies un cheque prefechado para dentro de cuatro días, que es quincena.

Miguel Sánchez suponía, y suponía bien, que yo, como todo empresario, usaba una chequera y una cuenta de banco. Para los lectores jóvenes: un cheque era un documento con logotipo aparatoso donde se consignaba una cantidad de dinero a nombre de

quien aparecía en la raya de arriba, enseguida la cantidad con números, y en la raya de abajo, de las únicas dos rayas, se ponía dicha cantidad en un texto escrito, por ejemplo: un mil doscientos pesos, que es la cantidad que me pidió Miguel Sánchez que le cambiara, no que le prestara, y mediante ese cheque yo podría cobrar en el banco cuatro días después.

Cantidad que no cobré jamás, porque el cheque no tenía fondos, y quizá jamás había tenido. Para que vean ustedes hasta dónde puede a uno arrastrarlo la vanidad: me dijo que le había gustado un cuento mío, agregó que yo era un empresario con toda la barba, y me ensartó con gran facilidad un cheque sin fondos, que aún conservo en una carpeta que dice: cuentas por cobrar.

La casa del varillero

Julio era el mayor de los hijos y era muy aprensivo, y más en aquellos años, porque a su papá no le andaba yendo bien, la pobreza entraba por la puerta y el amor salía por la ventana, como dicen. Pero no era por los centavos, la verdad; sus papás estaban acostumbrados a sortear las adversidades: él hombre era muy cumplido con el chivo, trabajaba todo el día de varillero vendiendo casa por casa por todas las colonias de la ciudad; la mujer era un genio para hacer rendir el poco dinero, alcanzaba para todo, a pesar de que tenían seis hijos. Como vulgarmente se dice: seis bocas qué alimentar.

Los problemas entre ellos empezaron de manera distinta, pero eso el niño, siendo niño, nunca lo llegó a saber. Resulta que dos años antes regresó del otro lado Enrique Iracheta, uno que años antes había sido novio de la madre. Para entonces ella, claro, era una mujer casada y el muchacho se le había quedado en el alma como el típico amor platónico que algunas personas guardan como talismán, prendidos en algún hilito de esperanza. Enrique había sido muy popular en aquella época; cuando ella era una joven de 18 años cumplidos, él se fue de bracero y todo mundo pensó que jamás volvería.

—Ya vivo en Chicago. Me acomodé en una fábrica de maquinaria y me ha ido bien, gracias a Dios. Solo vine por unos días a visitar a mi mamá. En todos estos años no había podido, no podía pasar; pero ahora ya tengo la green card, ya puedo moverme de allá para acá —le dijo a ella cuando, al día siguiente de llegar, fue a visitarla a donde le dijeron que vivía ya de casada.

—Qué bueno, Quique. Tu mamá ha de estar muy contenta de verte —respondió ella, dominando por completo la emoción de volverlo a ver, más guapo que antes, más hombre, de más porte. —Y yo de verte a ti. Te he extrañado cada día todos estos años—. Lo decía con sencillez y con verdad, no como si tratara de meter aguja para sacar hebra. Enrique siempre había sido un hombre sincero en donde crece la palma.

—Yo también te guardo cariño, Quique. Pero ahora, ya ves, estoy casada y tengo cinco hijos que son todo mi amor. ¿Tú no te has casado?

—No. En todos estos años me he dedicado a trabajar duro y hasta hace poco empiezo a ver claro. Ahora soy jefe de piso, gano bien, pero ya hasta se me está pasando el camión, jajaja, como luego dicen.

—Ay, a ustedes nunca se les pasa el camión, en cambio a nosotras desde los veinticinco ya de quedadas no nos bajan.

Durante buen rato estuvieron platicando muy a gusto, mientras ella cocinaba con el cuidado y la delicadeza que pone en todas sus acciones, pues en una hora llegarían los hijos mayores de la escuela. Hablaban con la confianza y la calidez de quienes habían sido amigos desde niños y también los grandes amores de la juventud, el primer amor que llegó en la vida. Ya casi para despedirse, él se puso muy serio, halló por fin la manera de acomodar estas palabras a las que les había estado dando vueltas desde un mes antes:

—Quiero pedirte que me acompañes en el tren a Topolobampo y de allí a Navojoa, porque me urge corregir un error que sale en mi acta de nacimiento. Necesito el acta corregida, resulta que desde hace seis meses tengo una novia, la única que he tenido

después de que ti, y nos vamos a casar, pero me exigen que el acta esté bien. ¿Irías conmigo?

Por increíble que parezca en aquellos años, a mediados de los años sesenta, el esposo varillero estuvo de acuerdo; se ofreció a cuidar a los cinco hijos, y así los dos exnovios viajaron un día completo de ida en el tren Chihuahua al Pacífico hasta Topolobampo, de allí en camión a Navojoa; se hospedaron en el Hotel del Río, se quedaron tres días. Enrique hizo su trámite en el Registro Civil y los dos fueron muy felices, se cumplieron la luna de miel que había quedado pendiente. Final feliz. Luego tomaron el camión a Topolobampo, abordaron el tren, viajaron otro día completo de regreso y la vida siguió su curso como siempre, a veces tranquilo y a veces agitado.

Dos años después, cuando ya había nacido la niña más pequeña, el honrado varillero se preguntaba si por angas o por mangas hubiera cabido la posibilidad de que no fuera hija suya, a pesar de que era su vivo retrato.

Segunda parte:

Llegar a la esquina

El color clairol de su pelo

Al eterno galán ya se le habían pasado los mejores años, pero él procuraba no darse demasiada cuenta, a pesar de que todos los espejos que tenía en su casa reflejaban la imagen de un hombre de sesenta años, levemente gordo; algunas canas se le escapaban del cuidadoso teñido de su pelo a color negro que le costaba un dineral en la estética de Josefina, a donde asistía religiosamente cada mes. Pero por lo visto el galanismo no se cura, porque él todavía le hacía la lucha con esmero, disimulando tantas cuitas amorosas y rechazos y ardideces que almacenaba su ancho corazón.

—¿Cómo le va, Laurita? Qué bonita su blusa, ¿la trajo de Chiapas? —le recitaba con voz aceitosa a la joven mesera a la que para su mala suerte le hubiera tocado atenderlo esa mañana en la fonda La Guadalupana.

—Sí señor. ¿Qué va a querer? —contestaba ella en tono neutro, profesional.

—Pues de querer, querer, mejor ni le digo. Pero, pues, tráigame el número 7, con un café, leche aparte y azúcar de estevia.

“Ay, viejo tan odioso”, pensaba Laurita. Pero dijo muy atenta y en el mismo tono de me vales madre:

—Muy bien, en seguida le traigo su orden.

Esa fresca mañana, el eterno galán había invitado a su vieja amiga Odillete, quien desde años inmemoriales lo había mandado a la goma, pero él no perdía las esperanzas. Jamás abandono el advenimiento del deseo que se cumple, se decía a sí mismo en su pantanoso corazón de oscuros pensamientos. La dama, cual debe de ser según el protocolo absurdo de las relaciones amorosas o amistosas de más antes, llegó tarde, porque primero debe

llegar el bato, según esto, es humillante que ella espere sola en la mesa o en donde sea, por eso ellas procuran llegar poquito tarde o a veces demasiado tarde.

—Buenos días, Mauricio, ¿ya tienes mucho esperando? —interroga Odillete, sin que le importe un comino la respuesta.

—Pues si lo dices en calidad de metáfora, la respuesta es sí. Años. Si lo dices por nuestra cita a desayunar, la respuesta es no, casi acabo de llegar, aunque ya le ordené a Laurita unos huevos, por mientras llegabas, pero enseguida le pido que te atienda, mi reina —respondió el eterno galán creyéndose flor de ingenio, pero en realidad bastante nervioso. Esa mujer le imponía mucho, era demasiado hermosa y los años no pasaban por ella, además de la portentosa personalidad que seguramente le daba ser una de las quince jefas de producción de Dx IQ, la famosa maquiladora global que se instaló hace años en Chihuahua y ya cuenta con cinco plantas gigantescas.

—Ay, Mauricio. Ya eres el único ser de este mundo que todavía dice *Mi reina*. Ya ni me enoja, me da risa —respondió ella muerta de risa.

—Siendo así, conseguí mi propósito: hacerte reír —volvió a sonar el tono aceitoso del obsoleto galán.

—Al principio me daba coraje, me sentía ridícula. Una de las veces hasta te di una cachetada y me fui del lugar, ¿te acuerdas?

—La verdad, no. De ti solo guardo recuerdos hermosos —dijo el viejo que procuraba no verse tan viejo, sin bajar la guardia.

—Mejor ya párale, mi rey. Vamos hablando en serio, no como si estuviéramos en una fotonovela de los años cincuenta del siglo pasado.

—Ay, Odillete. Bueno. Está bien. Trataré de mirarte como si no te quisiera tanto y como si no estuviera enamorado de ti, como

si eso no tuviera la menor importancia. Mira. Te pedí que nos reuniéramos porque tengo un sobrino que acaba de salir del Tec de Chihuahua, y necesita trabajo en la industria. Y como tú eres una de las grandes capitanas de todo eso, pues pensé que tal vez pudieras ayudarle.

—Muy bien. Por ti lo voy a hacer. Mándamelo para que le hagan una entrevista y a ver qué pasa.

Desayunaron muy a gusto, ya en un ambiente más relajado, como los grandes amigos que habían sido durante los últimos cuarenta años. Luego ella dijo:

—Yo también traía un asunto contigo, Mauricio. Hasta me da un poquito de pena decírtelo, pero se trata de esto: Quiero que me acompañes a mis vacaciones de Semana Santa. Renté una suite en el Riu en Vallarta y tengo boletos para dos personas. Compré ese tour pensando en nosotros dos, en nuestro pasado ya tan lejano, pero tan vivo; en el recuerdo de aquella vez en El Soberano que ya sabes. Y, bueno, también siento que te la debo, después de tantos años que me has hecho la lucha, cosa que me halaga y me molesta a la vez, pero ni modo, así es la vida. ¿Aceptas mi decorosa propuesta?

Lo que no se sabe en este cuento es si esta última parte sucedió en la realidad o en los sueños guajiros del otoñal señor de los espejos.

El declamador sin maestro

El autodidacta complicado sacó de panzaso la secundaria y en el Bachilleres lo corrieron porque tronó cuatro materias del primer semestre; era muy vago y ya desde chiquito pisteaba recio. Todo eso no tuvo la menor importancia, porque su padrino Isaías Oropeza, que era gargantón del SNTE, lo metió de velador en la Escuela Secundaria Federal Número Uno.

Además de ser afecto a la bebida, también se hizo aficionado a la lectura. Durante las noches de duermevela casi leyó completa la biblioteca de la escuela, todos los libros, menos los de química que los tenía aborrecidos, él se consideraba a sí mismo un alquimista y esotérico reconocido. Les escribió cartas astrales a todos los amigos, y sobre todo a sus amigas, porque era muy volado.

De sus lecturas tempranas lo que más le gustaban eran los libros de poemas, sobre todo esa obra maestra llamada *El declamador sin maestro*, que hasta su accidentada muerte siempre guardó en el buró. Ya de viejo todavía se sabía de memoria la de aquel caracol que va por el sol en cada ramita lleva una flor. También una de José Martí que cultiva una rosa blanca en junio como en enero para el amigo sincero que me da su mano franca y para el cruel que me arranca el corazón con que vivo cardo ni ortiga cultivo, cultivo una rosa blanca.

Al pasar de los años y de las francachelas, los amigos del autodidacta complicado le fueron haciendo el cultivo yucateco de que era el gran poeta de este siglo, o sea, del siglo veinte, porque al veintiuno ya llegó muy apenitas. Uno que es muy mula, llamado Rubén Mejía, hasta le imprimió cien ejemplares de

un folleto de sus poemas herméticos y todo mundo se quedó maravillado, que se por lo profundo de los conceptos y la musicalidad de los versos. Lo celebraron mucho y le hicieron el daño de que desde entonces se sintiera el Paz del barrio, el Rulfo de los terregales del Norte.

Sin descuidar su chamba de velador, más por el temor de que su padrino Isaías lo fuera a regañar que por íntegra responsabilidad, que no se le daba mucho, ocupaba los días en cultivar el espíritu. En la biblioteca del Parque Lerdo leyó un montón de libros de esoterismo y otros de igual provecho que le había recomendado un amigo suyo que se llamaba Chema Lugo. También escribía a lo pendejo, literalmente, llenaba planas y planas de poemas y novelas autobiográficas. Más temprano que tarde, se metió de actor en una compañía dramática llamada Agua Viva, le tocó salir de arlequín en varias pastorelas. A los treinta ya se consideraba a sí mismo un intelectual con toda la barba, en medio de las sonrisas sardónicas de sus amigos, que lo seguían impulsando para que le siguiera por el camino del bien.

Estoy seguro de que así hubiera sido, pero el autodidacta complicado de buenas a primeras se la creyó completita: ya no decía ser autodidacta sino maestro de medio mundo. Luego de tanto inventar por su cuenta el hilo negro de teorías que ya estaban inventadas en la tradición literaria de siglos, mismas que hubiera atisbado con un poquito de estudio, empezó a despotricar en contra los que él llamaba licenciaditos de pacotilla, maestrillos de media cuchara y doctorcitos sin mejorales. Para esto, él ya llevaba tres folletos publicados, que le dieron fama y celebridad. En los espejos miraba a todo un escritor hecho y derecho, en la opinión pública de todo el mundo.

Claro que los profesores reconocidos, que sí se habían quemado las pestañas cursando las licenciaturas y los posgrados correspondientes, se fueron enojando con los desplantes del autodidacta complicado y lo fueron viendo como Dios ve a los pericos. Lo trataban con mucha condescendencia en público y con gran desprecio en privado.

El susodicho a veces se sentía humillado con tanto desdén, pero a la primera borrachera se le olvidaba todo, pues era muy alegre y le valía. Una hipotermia callejera se lo llevó de este mundo, hacia la inmortalidad.

Balalaica

El teniente Pedro Zoloaga puso en la rocola del Balalaica esa de me quito la camisa por un buen amigo, hoy vivo millonario mañana mendigo, mi dicha y mi dolor a nadie se los digo, por eso nadie sabe cuando estoy gozando cuando estoy herido. Andaba celebrando que en el 52 Batallón de Infantería le dieron veinte días francos por sus buenos servicios prestados a la patria, o sea, en este caso, sus hábiles servicios de chofer a tres jefazos del centro, generales de división, que recorrieron en persona los cuarteles de toda la república. Los militares se sentían seguros cuando el teniente iba a cargo: además de magnífico conductor, era de esos mecánicos que lo saben todo, ya que años ha fue jefe de taller en la Chrysler.

Ya iba por su segunda cerveza Negra Modelo cuando llegó Enrique, a quien recibió con grandes abrazos y ese júbilo ruidoso con el que suelen saludarse los amigos en la cantina. Luego de cinco minutos de cariño y aspavientos entre quienes eran tan grandes cuates desde la más tierna infancia, Zuloaga dijo en voz alta:

—Juliaan, ven por favor a ver qué toma aquí el licenciado Enrique Morales, y cárgalo a mi cuenta.

—En seguida lo atiendo, Pedrito. Nomás déjeme despachar esta charola de coronitas en aquella mesa del rincón —respondió solícito Julián, quien era el tradicional cantinero que todo lo sabe y al que todo mundo le pide un consejo *pero quiero que tú no me engañes, no me digas que no eres parejo* como en la famosa canción de José Alfredo.

—Bueno, pero no te tardes. A las personas distinguidas hay que atenderlas ipso facto —concluyó el militar, que por supuesto venía de civil, como debe de ser. El reglamento militar tiene muy

penado a los señores de la vida castrense asistir uniformados a los lugares de solaz y esparcimiento.

Bueno, ya. Luego de tantos prolegómenos, una vez que hubieron servido al abogado su whisky con dos hielos y agua mineral, y luego de brindar *por el gusto de vernos* con su gran amigo Pedro Zuloaga, quien sostenía el respectivo tarro de Negra Modelo, le dijo:

—Pedro: me dio un chorro de gusto verlos a ti y a Blanquita en la maternidad cuando nació mi Ricardito Junior, qué detallazo tan inolvidable. Tu señora es una fina persona, y tú, ni se diga. Desde ese día pensé una cosa que ahora voy a decirte: Mi esposa y yo queremos pedirles que sean los padrinos del Junior, sería un gran honor para nosotros y para el chiquito.

—Hombre, Enrique. El honor es para mí. Para nosotros, digo. Que nos hagas compadres con tu primogénito me alegra como no tengas una idea —se precipitó a responder Pedro Zuloaga, que en ese momento se sentía poquito menos que Pedro Infante, sobre todo porque en la rockola sonaba la de qué te ha dado esa mujer que te tiene tan engreido querido amigo.

—Mi Pedro, no te vayas a molestar, pero no quiero que me des el sí en este momento. Antes quiero que le preguntes a tu señora si acepta ella, no vaya a ser que tenga otros compromisos, o que por angas o por mangas no quisiere. Estaría en todo su derecho, ¿no crees? —preguntó con prudencia casi jurídica Enrique.

—Para tu información, compadre, Blanca y yo estamos de acuerdo en todo. Estoy seguro de que no necesito ni preguntarle; ella te estima un montón, sabe que tú y yo somos poquito más que hermanos.

Luego de los arrumacos amistosos vinieron las confesiones más ocultas, como suele suceder en las conversaciones del viaje al-

cohólico; luego el sentimentalismo adolorido, el leve conato de bronca, la reconciliación arrepentida y cálida, todo eso. Cinco horas después, se despidieron muy contentos y achispados.

Pero una cosa es la fantasía de la jarana y otra la realidad conyugal. Pedro no acostumbraba emborracharse a lo bruto, más bien era moderado aunque alegre. Cuando estaba en la ciudad, llegaba los sábados por la tarde al Balalaica, donde estaba su tertulia; el cantinero y las cantineras lo conocían de nombre y lo trataban como de la familia; se iba temprano, para las diez de la noche ya estaba en su casa. Pero ese día se le pasaron las copas, llegó tomado y ruidoso y, claro, Blanca parecía bastante molesta, por no decir que muy encabronada.

—Mira como vienes, Pedro, no tienes vergüenza. En esas condiciones te verían tus hijas si estuvieran despiertas a estas horas —aulló, echando chispas con la mirada y con el rictus de su boca doblada por el coraje.

Y fue aquí cuando al hombre se le cruzaron los cables, porque cometió la imprudencia de decirle en ese mismo momento lo del compadrazgo, como si esa fuera la gran noticia con la que ella se contentaría de inmediato:

—Te traigo una gran noticia, mi amor, con la que me vas a perdonar de inmediato: estuve con Enrique y nos pidió a ti y a mí que seamos los padrinos de su recién nacido.

A ella Pedro nunca le decía mi amor, y eso le dio un poquito de ternura, pero el tal Enrique le caía como patada de mula, no soportaba que sonsacara tanto a su marido. Y ahora resulta que este pelmazo, en plena borrachera, le dice que ahora serán hasta compadres. Primero muerta:

—Pues no, chiquito. Si me preguntas, mi respuesta es no.

También si no me lo preguntas: No. Y si ya le dijiste que sí, que no lo dudo ni tantito, a ver cómo le haces para decirle esto: No, no y no.

(Escrito con Karina Ledezma, al alimón).

Los vericuetos del arte

El artista incomprendido lloraba por los rincones, bueno, no lloraba por los rincones físicamente, al menos no a todas horas, pero tenía esa actitud cuando había alguien presente que atisbara las profundidades del dolor y la injusticia humana. Lo primero que decía era algo como esto:

—Ayer llevé mis cinco acuarelas a la Secretaría, las metí al concurso del Premio Chihuahua. Ya sé que no voy a ganar, pero qué le hace.

La bonita interlocutora, no tan conmovida ante el dolor ajeno, le hizo esta pregunta de lo más razonable:

—Si sabes que no vas a ganar, ¿por qué las llevaste?

El artista incomprendido no se esperaba ese golpe de dados de la lógica, sino un poquito de compasión ante el evidente drama que estaba por suceder, o sea, que los dictaminadores no sabrían apreciar las cinco llevadas y traídas acuarelas; de seguro premiarían a un influyente o a una influyente, como suele suceder, pero no debería ser así, piensa él, y luego responde:

—Siempre concurso en todos los certámenes, pero nunca gano. He gastado un dineral en marcos, aceites, brochas, pinceles, tambos enteros de pintura y nadie me reconoce —afirma casi en tono de lamento funeral el artista incomprendido.

La bonita interlocutora ya estaba por irse, porque desde el primer minuto de esta conversación de lágrimas y risas ya se sentía aburridísima, pero cometió el error de comentar lo siguiente:

—Oye, tengo entendido que en los concursos los dictaminadores no conocen los nombres de los concursantes, puesto que los

trabajos se presentan con seudónimo. ¿Por qué dices que ganan puros recomendados?

Al artista incomprendido no le gustaban los giros que su amiga daba a su relato. Él hubiera deseado que ella dijera: A los verdaderos genios nadie les compra ni un cuadro, la gente tiene un gusto pésimo, buscan puras cosas decorativas, no el verdadero arte, como el tuyo. Bueno, pero como ella no elucubró eso, había que responderle a su pregunta insidiosa:

—Pues no sé cómo le hacen, pero siempre ganan los mismos y las mismas de siempre. Esos mediocres.

—¿Mediocres? Nombres, dime nombres, Artemio —preguntó ella con cierta impaciencia y ya muy visible fastidio, pues nunca le habían gustado los llorones abstractos.

—Tú sabes muy bien a quiénes me refiero, Adelaida. No quiero ofender dándote una lista en la que también tendría que incluirte, amiga.

El artista incomprendido era incomprendido, pero también muy canijo cuando no le seguían la corriente de sus tribulaciones y quebrantos.

La paletita

El envidioso irredento no tenía por qué serlo, ni lo uno ni lo otro, porque había triunfado en la medicina y, según esto, era jefe en el Seguro Social; además tenía su consultorio en Cima, le iba muy bien, manejaba un carro lujoso y vivía en el Campestre San Francisco. Pero la envidia es un diablo verde y terco.

Como su esposa era bonita y de buen carácter, le caía bien a todo mundo; todo lo contrario del higadito de su marido que siempre llegaba dándose importancia y por eso apenas lo saludaban con un desabrido hola doctor que al susodicho le llenaba el hígado de piedritas.

En La Camelia, cantina donde se reunían los jueves, sus cuates, resignados, escuchaban autoelogios y quejumbres:

—No cabe duda de que vivimos en la ignorancia y el oropel, colegas. Díganme ustedes, ¿cómo puede ser posible que a ella la lleven y la traigan nomás por ser bonita y a mí, que soy el científico, el primer cirujano que hizo aquí un trasplante a corazón abierto, ni me pelen? Me traten como a toda la bola de mequetrefes que asistieron a la boda de mi hermana.

O sea, el bato envidiaba la belleza de su, como vulgarmente se dice, cónyuge.

Otra: Un día llegó a un congreso médico el doctor Modesto, afamado cirujano plástico. Llegó en su carrazo Mustang 2022 color azul plúmbago. Ver otro carro más bello en el estado de Chihuahua y sus alrededores era imposible. Pero al doctor Susodicho se le nublabá todo. Se le hacían lentos los días para que llegara el jueves y la tertulia de La Camelia tuviera que oírlo:

—Solo en esta dimensión de El Mundo Bizarro sucede que un charlatán, un burro de seises que terminó medicina por piedad y sin haberse quemado las pestañas para hacer aunque fuera una pinche especialidad de otorrino o algo, con la sola práctica de merolico estafe a millonarias gordas y les cobre las perlas de la virgen y ahora resulta que tiene hospital propio y vida de sultán, cuando de estudiante siempre andaba a la última pregunta.

Envidiaba el carrazo.

La tercera y nos vamos. El hermano de su otra vez como vulgarmente se dice señora esposa ganó un concurso y le publicó el gobierno municipal un libro de poemas, lo presentaron con bombo y platillo en La Quinta Gameros. Lo pusieron por las nubes, como se estila en ese tipo de actos costumbristas. Esta vez el doctor Eminente Mamón esa misma noche le dijo a la mujer, la mismísima hermana del vate laureado (por un día).

—Oye, nunca me hubiera imaginado que tu hermano escribiera libros. Qué bueno que le publicaron, de veras que me alegré mucho. Luego de tantos fracasos ya era hora de que alguien le diera la mano. Ojalá en el Departamento de Archivos donde trabaja le den un aumento, ¿no crees? A ver si un día de estos hasta logra salir de perico perro.

Envidiaba que otro cualquiera fuera la Reina por un Día.

Pero así son los envidiosos, desde niños se fijan hasta en la paletita que andan saboreando otros, mientras aferran en las manos bolsitas de oro.

El dolor

Por un ángulo del centro un hombre camina con dificultad, le duelen las articulaciones y los brazos, la garganta hinchada y tensa. Al interior del pecho hay lumbre que se va extendiendo hacia el plexo, un torrente de glucosa circula por la sangre cristalizando venas diminutas en los infinitos cauces de su cuerpo; al interior de los ojos se vela el cristalino y le va adormeciendo la sensibilidad en algunas zonas de los pies. El aliento de la muerte va en lo que imagina de futuro cuando se sienta diez minutos a la sombra de un portal para recuperar el resuello y seguir.

Antonia Aguilar

La temperamental cantante se sentía en el cielo, sobre todo porque luego de tantos años de navegar en el arte había conseguido que la contrataran de show en un bar llamado El Cielo, que estaba en el centro, en la calle Morelos. Ya estaba harta de nomás cantar gratis en las tertulias de sus amigos, borrachos de postín, que la hacían sentir de plano amateur, a ella que tan privilegiada voz tenía.

Como parte de sus labores burocráticas, una vez tuvo que ir a Tomóchic a trabajar quince días. Ya en la tardecita, al terminar sus actividades, rentaba media hora un caballo mansito y se iba por el llano cantando y caracoleando el penco, como si fuera Antonia Aguilar en la época de oro del cine nacional. En otra ocasión la invitaron a Ciudad Juárez a un congreso de poetas mujeres y más despuesito los organizadores hubieron de arrepentirse, porque la temperamental cantante compuso unos versos y los declamó a gritos en un performance que hizo con gran escándalo en las inmediaciones del Pronaf.

A pesar de su agitada labor de artista, la temperamental cantante creía no tener el reconocimiento que ni sus poemas ni su canto merecían. Una vez en la oficina le dieron el encargo de que fuera muy de mañana por Tania Libertad al aeropuerto, la llevara al Hotel San Francisco y de allí, por la tarde, al concierto que la diva daría en el estadio de beisbol de la Deportiva, en fin, que la atendiera a cuerpo de reina, como distinguida invitada del gobierno que era. Las dos cantantes se hicieron amiguísimas, congeniaron de inmediato. Pero la

amistad se quebrantó a la hora de la función, cuando la temperamental cantante le pidió a Tania Libertad que le permitiera cantar con ella, a dueto, un par de canciones que se sabía de memoria. Claro que por supuesto que desde luego que no, respondió la famosa peruana, cómo se te ocurre.

Y así. Hechos y más hechos donde se comprueba la gran injusticia de que la vida de las artistas a quienes el mundo no las merece, sufren como no tenga usted una idea.

La escuela mexicana de pintura

El teórico de las bellas artes recibió un telefonema de Raúl Gómez Franco, leyeron ustedes bien, telefonema, el teórico no maneja celular ni computadora porque, a pesar de que está forrado de billetes, esos cachivaches globales le dan urticaria, él es de pueblo chico y a mucha honra. Luego de saludarlo con irónico modo, la voz en el teléfono exhortó:

—Maestro te llamo para invitarte a la cena navideña de nuestro Grupo Aura, del cual eres uno de los pilares más conspicuos.

—¿Dónde va a ser? —interrogó el oscuro personaje.

—Este año preferimos que sea desayuno, debido a la avanzada edad de los miembros, jajaja, no te creas, pero es que Luis David así lo sugirió y todos estuvimos de acuerdo. Va a ser en el restaurante de Liverpool.

—¿Y quiénes van a ir? —espetó el teórico de las bellas artes, desconfiado como taimado.

—Todos los del grupo: yo, tú, Víctor, Héctor, Chávez, Ramón, Luis David y Óscar. No pude conseguir a Ceferino, me dijo su mamá que anda en el Tíbet.

—Pues yo tampoco pienso ir, me van a perdonar —exclamó tajante el susodicho.

—Pero cómo, José Pedro. No nos hagas esto. Sin ti nada sería igual —recitó Gómez Franco en una de sus acostumbradas arengas en las que nadie sabe si lo dice en serio o en broma.

—Bueno pues. Iré. Pero con una condición: Que no inviten a Chávez.

Y claro que no me invitaron. No les falta razón, no soy tan conspicuo y, para acabarla de amolar, a principios de ese mismo año escribí en *El Herald de Chihuahua* una crónica que no le agradó al teórico de las bellas artes.

El platonismo

Al dramaturgo platónico ya se le había olvidado Teresita Colmeneros, de quien estuvo tan enamorado allá en sus juventudes, pero la vio en Sears una tarde cuando fue a dar el abono mensual de su cuenta, y del antiguo fuego cenizas quedaban. Ella andaba volteando etiquetas, probándose perfumes, midiéndose blusas que no pensaba adquirir, pero le quedaban muy bonitas. No es que a ella le faltara dinero, puesto que su exesposo le pasaba una jugosa pensión y además le había conseguido trabajo en la Secretaría de Recursos Hidráulicos, donde él era jefe a nivel nacional, pero ella nunca de los nunca engrandecería con su compra ese tipo de tiendas trasnacionales hiper burguesas, y menos si ya las hubiera comprado Carlos Slim.

—¡Esteban, dichosos los ojos! —exclamó con esa coquetería de caliente pendejos que la caracteriza desde tiempos inmemoriales.

—Teresita, desde que te vi entrar me dije “ahorita voy a saludarla” pero no te quise interrumpir. ¿Viniste a visitar a tu mamá? —dijo él, entre emocionado y dubitativo.

—No, ya vivo aquí. Regresé a mi tierra. Ya no quería estar en Ciudad Juárez, donde todo es tan improvisado y sucio, ya no aguantaba. Pedí mi cambio y aquí me tienes —dijo ella, midiendo con mucho cuidado el doble sentido de la frase, pues no quería que el inocente dramaturgo se fuera a ilusionar demasiado. Solo un poquito, eso no le hace daño a nadie.

Quedaron de verse al día siguiente para desayunar en el Enrizos de la Deportiva, como en los viejos tiempos. Esteban volvió a encender la llama del platonismo cuando ella dijo “y aquí me

tienes” y echó a volar la imaginación: en la prehistoria languidecía el recuerdo del amor eterno que le tuvo siempre a la bella Teresita Colmeneros, de cuando la visitaba los jueves en su casa, platicaban horas y horas de literatura y demás chismes, mientras ella atendía tres hijos y cocinaba la cena para el esposo. El dramaturgo enamorado respiraba hondo cada rato y se complacía en las mieles del amor imposible. Así durante años y años.

Luego la familia feliz se fue a vivir a Ciudad Juárez y después los dos esposos se divorciaron. Ella se quedó con los hijos y con la responsabilidad de criarlos, además de una jugosa pensión, como ya se dijo, y la oportunidad que a toda mujer se le abre de rehacer su vida, como en todo melodrama que se respete, de tal manera que anduvo un buen rato en la tandariola, hasta que se enamoró de un doctor que la hizo ver su suerte de tan mal que la trataba.

Todo eso lo supo Esteban porque desde lejos, para sufrir y gozar; siempre estuvo al pendiente de saber la vida de su amada; a los conocidos mutuos lo primero que hacía era preguntarles por ella, eternamente por ella hasta la necedad. Si alguien cultivaba el amor platónico como a una selva bruta, era él.

Para el desayuno se alistó con ilusión y con unos billetes porque, conociéndola, sabía que por muy feminista rabiosa que ella era, jamás pagaría un centavo partido por la mitad de lo que tomara y bebiera, porque además era una dama y una dama jamás paga en ningún lado, su sola compañía era sobrado privilegio. En la sobremesa, él casi le recitó esto:

—Teresita, te tengo una propuesta decorosa. Compré dos boletos para el baile de fin de año en el Club de Leones, van a tocar Los Apon.

—¡Ay, qué padre! Siempre he querido conocerlos, desde que estaba en secundaria los oía y me encantaban. Sí, vamos. ¿El boleto incluye la cena? —interrogó, precavida.

—Claro que sí. Y también los gorritos esos que le dan a uno y cuanta cosa. En el baile tocará además El Grupo Soul de Camargo. Todo va a estar muy bonito, y, contigo, más —agregó él, procurando domeñar el entusiasmo.

—Muy bien, yo llevaré una botella de Etiqueta Negra, para nuestro brindis de año nuevo —prometió ella muy contenta.

Pero nada estuvo bonito, al contrario. Teresita Colmeneros bailaba toda cueruda, nunca permitía que su eterno enamorado se le acercara más allá de lo conveniente, casi en todas las piezas se ponía a bailar suelta, mirándose a sí misma en el espejo del salón, tan bonita y tan sin gracia como ella misma. Como si fuera la prefecta del salón, se puso a darle instrucciones al cándido palomo de cómo se baila correctamente. Nunca se mueven los hombros, dijo. Y para colmo no llevó la botella de Etiqueta Negra que había ofrecido, sino las sobras de un Etiqueta Roja, los quedés; la botella solo traía la mitad de un licor que lo más seguro ya tenía meses en el refrigerador y ahora era un alcohol agrio, de tal forma que mejor compraron cervezas carísimas que Ernesto pagó, ya de plano de muy mal humor.

Alto riesgo

Me acuerdo que era noviembre del sesenta y tres, lo oí de pasada en el radio y se los conté a los amigos:

—¡Acaban de matar a Kennedy!

En el grupito estaba Quirino Trejo, presidente seccional en Valle de Rosarito, quien exclamó:

—Mira nomás. En qué peligros andamos las autoridades.

Taquicardia

El paranoico que no creía serlo tiene un hijo muy amable que una vez lo invitó a que lo acompañara a El Paso a comprar unas garras. El hombre se alegró mucho, pero también se puso incapaz de preocupado, no aguantaba los nervios. Tembloroso fue al lugar más recóndito del trinchador, donde guardaba documentos vitales, y respiró aliviado al ver que allí estaba su visa, a Dios gracias. Por si las dudas, también sacó su pasaporte mexicano, que tenía en un bote de la Avena número uno donde guardaba otro bonche de papeles de suma importancia. Para su buena suerte, allí estaba también, intacto.

Pero el paranoico que no creía serlo pensaba para todo que tenía una suerte de la fregada, algo iría mal. Tal vez a su hijo y a él los detendría la migra nomás por quítame estas pajas: su hijo se salvaría de seguro, porque era un ingeniero chingón de la industria global, pero a él de seguro lo meterían a la cárcel al confundirlo con otro José Medina, porque Jose ses Medinas hay un montón, y algunos de seguro eran ilegales o algo, Diosito santo ayúdame a que nada me pase. Aunque ya le había dicho a su hijo que sí, tomó el teléfono para decirle que siempre no, que su salud no le permitiría viajar y era cierto, la taquicardia no lo dejaba en paz con tanta preocupación. Pero no lo hizo. Prefirió consultar este peliagudo dilema con su exesposa:

—Oye, me invitó Martín a El Paso, ¿iré? —preguntó después del obligado saludo y luego de pensar muy bien en las palabras que le iba a decir, pero que a la hora de la hora no dijo.

—¡Qué lindo m'hijo! Qué bueno que procura a su padre, a pe-

sar de todo. Y pues, claro, ve con él, te la vas a pasar a toda madre, ya ves que él es muy alegre y espléndido, además trae muy buena música en el radio de su troca —respondió ella con su estilo tan segura de sí misma y tan bonita siempre, a pesar de todo. —Pues ya sé, pero es que acabamos de salir de la Pandemia, me la pasé dos años encerrado, hasta mandé poner en mi casa un cajón giratorio para que los mensajeros de Alsúper me pasaran la comida, y los de la farmacia mis obligatorias medicinas. Parecía yo Salinas, ni los miraba ni los oía, nomás les ponía mensajes en el celular. Y ahora, así como así, de nuevo a la intemperie, me da pavor —exclamó el paranoico que no creía serlo, con la confianza propia del caso.

—Mira, tú ve con tu hijo, él te cuida, no te apures. Si pensara que te iba a exponer en algún peligro, te aseguro que no te hubiera invitado, él es muy responsable y organizado, ya lo conoces.

En la única persona de este mundo en quien confiaba el paranoico que no creía serlo era en su exesposa, quien además de ser psicóloga era la santa madre de sus hijos. Siguió su consejo y fue, claro, tomando todas las precauciones que imaginaba pertinentes.

El éxito almacenado

El autor siquiatra recibió una llamada telefónica.

—¿Me comunica por favor con el doctor Topolobampo Aguirre?

—¿De parte de quién? —preguntó desconfiado el autor siquiatra.

—Habla el licenciado Eulalio Garza Chacón, presidente del Circuito Literario de Apodaca.

—Enseguida se lo comunico.

Luego de dos minutos exactos, el susodicho volvió a tomar el celular y, con la misma voz del diálogo anterior, restableció la comunicación con clásica frase:

—¿Llamó usted?

El licenciado Garza, un tanto desconcertado, no perdió la compostura y le siguió el juego al interlocutor:

—Doctor, le llamamos para informarle que su libro *Amor deletéreo* acaba de ganar el Premio Gertrudis Tenorio Zavala, que otorga cada año nuestro Circuito Literario de Apodaca, del cual soy el presidente en persona.

—Ay, qué buena noticia, licenciado. Le agradezco mucho, y también a todos los miembros del Círculo.

—Lo esperamos en nuestra ciudad para la ceremonia de inauguración, que se realizará el próximo 16 de noviembre, fecha en que se cumplen 179 años del nacimiento de la fundadora de nuestro Círculo, la insigne escritora Gertrudis Tenorio Zavala.

El autor siquiatra se puso muy contento, aunque ya no tanto como antes, porque en el fondo le dolía haber ganado todos los premios habidos y por haber, junto con el hecho notable de tener ya 23 obras publicadas, y que, sin embargo, no tuviera

lectores en ningún lado, ni en su tierra, ni en su patria ni en el mercado global. Sus libros acumulaban moho y olvido en quince o veinte bodegas de editoriales de gobierno.

Lady Yah

Dime qué esperas precaria finca de adobe para llorar, escribió Lady Yah, en un arrebato de inspiración y con influencia de Ramón Ayala. A Enrique Servín, ínclito profesor del Taller Literario de Huejuquilla, quién jamás había escuchado al as del acordeón, le pareció un texto magnífico.

—Lady Yah, te volaste la barda. Ese texto es todo un haikú digno de Basho, de Chiyo, de Issa, qué bárbara —exclamó en medio de la sesión, porque además de entusiasta venía un poquito tomado.

—Perdone, profesor, ¿qué es un haikú? —preguntó ella, asombrada de su propia audacia.

El profesor se lo explicó todo, con paciencia oriental y con lujo de detalles. Desde ese día memorable, Lady Yah se ha dedicado a leer su poema de la finca de adobe en treinta y nueve encuentros de escritoras, algunos incluso organizados por ella misma.

El prócer

Cuando estaba por cumplir los 60, Ramón Quintana había acumulado una vasta suma de odios y silencio, y a pesar de ello había destacado como un hombre de letras, pues escribía con fina pulcritud los discursos que pronunció en vida Prisciliano Ruy Fernández, afamado político de la región.

Me acuerdo de una vez cuando, siendo presidente municipal de Jiménez, don Prisciliano tuvo a bien nombrar a Ramón director de La Casa de la Cultura del lugar.

—¿Pero cómo se te ocurre darme ese nombramiento, Pichano?, si en este pueblo no hay Casa, ni Cultura, ni Instituto de nada —reclamó el hombre, haciendo la cara de aflicción que le fue característica.

—Pues para eso te di ese cargo, Ramoncito, yo sé que saldrás adelante. No coloqué a ningún lefio, sino a ti, todo un ingeniero del Politécnico Nacional.

Y en efecto, Ramón con su gran ingenio de ingeniero fundó la Casa de la Cultura que aún persiste hasta nuestros días y, no conforme con eso, también se dio tiempo para abrir junto con otros el Tecnológico de Jiménez, de donde años después llegó a jubilarse con honores.

Lo que nadie consiguió a comprender fue cómo, a pesar de ser todo un prócer, fuera tan rencoroso por cualquier pendejada. Que no llegaron a tiempo unos bocadillos de Camacho, y lo hizo quedar mal en presencia del gobernador que vino de visita para inaugurar la biblioteca pública, jamás se lo perdonó a Camacho, le retiró el saludo para siempre. Que Alicia Muro publicó en *El*

Sol de Parral un poema que Quintana interpretó que era en contra suya, la borró del Círculo de Escritores, Artistas y Similares A. C. que también fundó él y del cual fue presidente vitalicio. Que Chendo no lo saludó en forma debida cuando iba pasando por La Calzada, a Chendo ya jamás lo invitan.

Y así se la fue llevando, hasta que se peleó con medio mundo. Por eso a la fiesta de sus 60 años no llegó nadie, cuando él pensaba que una multitud agradecida llegaría para rendirle los honores a quien tanto hizo por el terruño. Tan grande desaire fue muy mentado, dicen que se le quedó todo: las carnititas, la ensalada, el pastel, la sopa de repollo, los jamoncillos, cuatro barriles de cerveza y una placa de bronce que se mandó hacer a sí mismo para conmemorar el natalicio, el cual le sería entregado por un grupo de notables del municipio, grupo que también brilló por su ausencia.

Insomnio

Un túnel se mira como la vía que en el fondo de la tierra alguien escarba para que transiten de prisa personas a pie, en tren o en automóvil; el temor aparece furtivo, nadie avanza del todo seguro de que habrá una salida. Aunque haya información de lo extenso o lo cercano que sea, se presiente lejana la luz al final, palpita el vértigo en las sienes; la existencia podría agotarse antes de cruzar ese abismo horizontal. La serenidad de la muerte se añora para amainar la tormenta que oscila en el trayecto.

La rentista

—Tía, ya va siendo hora de que le demos una pintadita a las casas. ¿Quiere que le llame a Remigio?

—No, m'hijo, no me alcanza. Además Remigio nos cobró carísimo la vez pasada, y eso que le metió vinílica de a cuatro pesos el tambo.

—Pues sí, pero la vez pasada fue el siglo pasado, no la friegue. Se ven rete gachas las fachadas. Y por dentro está peor.

—¿Y qué te apura? Tú no vives allí. Tu único trabajo es cobrar las rentas.

—Bueno, pero no se enoje. Es que no me tiene paciencia.

Hablar con Elvira

—¿Me compraré la bolsa de 500 o la de 5000? Es que si me compro la de...

—Oye Elvira: estás hablando sola.

—Ya sé, Elvira, no me interrumpas. La de 5000 me gustó mucho, pero si compro esa no voy a tener ni un cinco partido por la mitad para echarle.

—“Ni un cinco partido por la mitad”, ya estás otra vez con tus dichos del siglo pasado. Actualízate, mujer.

—Ay sí, ya nomás porque te embarcaste con un celular de quince mil pesos te sientes la muy muy.

—Ay Dios mío, ya otra vez estoy hablando con esta retrógrada voy a tener que pedir cita con la psicóloga, tan cara que me sale

Clínica

El hipocondriaco sin remedio amaneció con un fuerte dolor en el costado y llamó de inmediato a su médico familiar.

—Doctor perdone que llame a estas horas, pero creo que esto es urgente: durante la noche me dieron todos los síntomas de que traigo el bazo hecho garras. No me quiero morir, dígame cómo le pongo remedio a lo que me está pasando, seguramente porque ayer me atacó de carnitas con un montón de cervezas en la casa de mi amiga Hortensia; usted la conoce, dígame si no valió la pena —bramó ansioso, porque además de hipocondriaco era verborreico.

Me lleva el carajo, cómo se me ocurre contestarle a don Óscar, se dijo el doctor Villasana para sus adentros; lo que pasa es que me agarró dormido, estas no son horas de consulta, es más, ni de consulta ni de nada, son las seis de la mañana, me lleva la fregada.

—Don Óscar, por favor hableme más tarde al consultorio. Estoy atendiendo un parto —mintió.

—Ay, doctor, se lo suplico por lo que más quiera, sálveme la vida porque me le voy, ¡me le voy!, siento que me desvanezco, hay una luz al final del túnel, le pago lo que sea; un parto lo puede atender cualquiera, encárgueselo a una de sus enfermeras, allí en el hospital tiene hasta para aventar para arriba, en cambio yo estoy solo en mi casa, agonizando, se lo juro, por caridad venga, le pago lo que sea con tal de salir vivo de esta desgracia, ¿por qué a mí, Diosito santo, si yo hago ejercicio todos los días, me alimento sano casi siempre, por más que lo

necesite no uso viagra ni ese tipo de cosas, por favor, doctor, no sea malito, venga.

Con tal de poder cortar la llamada sin perder al cliente, el doctor prometió:

—Está bien, voy para allá.

Pero no fue nunca, claro. Puso el celular en silencio y tuvo la buena suerte de recuperar el sueño. Durmió hasta las diez y media, despertó muy a tiempo para alistarse y llegar a las doce a su turno de consulta en el Seguro Social, donde ya lo esperaba una fila de pacientes, unos reales y otros tan ficticios como don Óscar, como suele suceder en la medicina social. Ya en la tarde le llamaría por teléfono para ver cómo estaba, atención que nunca se le olvidaba brindar a sus clientes habituales.

Querétaro

Alfonso llegó a las seis de la mañana, o tal vez dos horas antes, yo que lo conozco estoy segura de que se esperó a que clareara para no despertarme de noche. Entró a donde estaba yo dormida y me dijo quedito:

—¡Sorpresa, Regina!

Abrí los ojos como en sueños, en todo caso un sueño casi alcohólico, porque Margarita, Carlos y yo habíamos salido del antro a las dos de la mañana y todavía le llegamos a casa de unos amigos de Diana dizque al menudo, pero más bien a segur pisteando.

—¿Alfonso? Qué haces aquí... y tan temprano.

Diana y Margarita habían rentado por tres meses una casa muy hermosa en el centro de Querétaro, a donde habían venido para producir una película. El Conacine les había otorgado un montón de dinero y, la verdad, el filme iba muy bien, habían contratado de protagonistas a dos actores de la Compañía de Teatro de la UNAM, que dirigía Luis de Tavira. Carlos, el novio de Margarita, me invitó a que lo acompañara a esta ciudad para visitarla, aprovechando que estábamos de vacaciones.

—Pues vine a verte, nomás. Desde que salimos del Bachilleres no nos habíamos visto, Regina, y la verdad me entró nostalgia; tu mamá me dijo que andabas en Querétaro, me dio la dirección y, pues, aquí estoy.

Alfonso y yo fuimos novios cuando estuvimos en el Colegio de Bachilleres, durante buen tiempo parecíamos la pareja ideal, andábamos juntos por todos lados: fiestas, bodas, cine, viajes, bautizos, y hasta nos poníamos en mismo equipo cuando los pro-

fesores encargaban trabajos de grupo. Nos amábamos como un par de arbolitos de durazno que crecieron cerca uno del otro en algún un patio. Pero ahora lo único que me preocupaba era que me viera en estas fachas y con la resaca auestas. Para él siempre anduve bonita, jamás me había visto como ahora, toda greñuda. —No, ya en serio. Dime qué andas haciendo en Querétaro. ¿Te ofreció Diana un papel en su película?

—No, de veras. Solo vine a verte. Desde hace meses he andado pensando mucho en nosotros, ya ni siquiera me queda muy claro por qué de repente dejamos de vernos para ya nomás escribirnos de vez en cuando algún mensaje sin chiste en el Whatsapp — dijo él sin dejar de verme con esa mirada suya, en la que yo era la única mujer que existiera en algún paraíso.

Pero yo no lo miraba igual, para entonces era toda una recién casada y eso se le olvidó a mi mamá decírselo, qué gacha mi jefa. Yo tampoco se lo dije y, pues, de decidí complementar mis vacaciones con mi noviecito Alfonso, que seguía siento tan lindo como siempre. Y tan guapo.

(Escrito con Karina Ledezma, al alimón).

Parker Frontier

Para mi cumpleaños me trajo Kimball una pluma muy hermosa, marca Parker Frontier de color verde con punta de fierro, herrajes dorados y la tapa de acero pulido. No la envolvió para regalo, venía en un estuche metálico como las que se usaban antes para guardar jeringas y otro tipo de instrumentos quirúrgicos esterilizados. Me dijo:

—No te escribí una tarjeta de obsequio, me hubiera gustado ponerla porque sé que guardas todo tipo de papeles, hasta las notas de la planchaduría —aclaró con esa seriedad suya que esconde a un tremendo burlón.

—Pues entonces voy a traerte una tarjeta de las que tengo nuevas en una cajita de Newberry, y escribémela con la pluma, sirve de que la estrenas: qué mayor gloria para esta pluma tan bonita que ser inaugurada por un gran escritor como lo eres tú —le pedí sin la menor ironía ya que, como todo mundo sabe, considero a Luis uno de los más finos escritores que ha habido en el mundo.

En vez de sonreír con satisfacción o con esa humildad sin razón alguna de ser que lo caracteriza, noté en él cara de preocupación, se le veía de veras apurado, como si lo hubiera puesto en un brete.

—No puedo tocarla, o más bien, no debo tocarla —advirtió.

—¿Es por la pandemia? —pregunté, porque en esos días todo tenía que ver con el Coronavirus

—No es por eso. Es que lo que te traje es un objeto/ señal. Si la pluma la toca alguien que no seas tú, te manda señales en el co-

lor verde del casquillo, es decir, tiene reacciones químicas que te indican el alma y las intenciones de quien la toque. Puede cambiar de color, o aparecen anillos luminosos o hasta puede producirse un ácido que te lesione los dedos cuando la persona que la haya tocado te la devuelva —explicó Luis con esa meticulosidad con la que se toma su tiempo para desarrollar cualquier tema. Por cierto, hasta la fecha no he hallado un tema del cual lo sepa todo, con gran detalle.

—Ay, no mames. Me estás vacilando, ya sabes que no creo en ninguna de esas patrañas esotéricas —le repliqué, porque, la pura verdad, no creo en ninguna de esas patrañas esotéricas.

—Bueno, pues allá tú. Pero ten cuidado. Te traje esa pluma porque me vi apurado y de momento no hallé nada más qué regalarte cuando me invitaron tus hijos a tu fiesta de cumpleaños.

De eso ya va para un año. He prestado mi pluma muy escasas veces, solo cuando no puedo negarme cuando me agarran en curva y me dicen de pronto ¿Traes una pluma para firmar esta solicitud de vacuna? o algo por el estilo. Ni modo de decirles no traigo, si la ven en la bolsa de mi camisa. Solo pocas veces la he soltado. Y a pesar de eso mi pluma ya solo es verde en la parte de abajo, porque se fue volviendo negra, guinda, roja, blanca, dorada y de otros colores indefinidos en la parte de arriba.

Otis

Desde que construyeron el Hospital Morelos del Seguro Social, y muchos años después de su trágica muerte, Virginia Ozeta sube hasta la intemperie y baja hacia el abismo, siempre en el mismo cubo de acero reforzado.

Francisco Grijalva conoció a la atractiva mujer cuando ella estaba a punto de jubilarse. De buenas a primeras, le habló como si lo conociera de toda la vida:

—Buenos días, doctor. Supongo que usted es el nuevo residente. ¡Válgame! Cada vez terminan más jovencitos la carrera de medicina, y qué bueno, sangre nueva —le dijo con desparpajo y coquetería.

El joven le respondió en el mismo tono:

—Válgame pues, y muy encantado de que sea usted el comité de bienvenida —respondió, mirando discreto los generosos pechos en el altorrelieve que se dibujaba en la blusa de la enfermera, donde venían escritas dos palabras: Virginia Ozeta.

—No lo soy, pero de usted lo seré. Para que sienta bonito el ambiente de trabajo, lo invito este viernes a la fiesta de mis deliciosos cincuenta. No me vaya a decir que no, prométame que irá. Van a venirse todos los compañeros y las compañeras, desde intendentes hasta el director. Después de todo, no se cumplen cincuenta todos los días. Aunque parezco de treinta, ¿no es cierto?

La perorata de la mujer le parecía graciosa y extravagante, en especial aquello de “van a venirse todos los compañeros”. También le impresionaban las hermosas piernas de su alegre interlocutora, quien de verdad no parecía una cincuentona, sino una modelo de espectacular minifalda.

Luego de aquella fiesta de cumpleaños, el joven médico y la par-lanchina enfermera se hicieron amantes y fueron felices. Hasta que los separó la muerte.

En uno de esos meses regresó de Chiapas el comandante Trevizo, quien estaba encaprichado con Virginia Ozeta. Vivieron juntos unos años, hasta que a él lo cambiaron de plaza. Le pidió que se fuera con él, pero ella le dijo que de ninguna manera: no estaba dispuesta a dejar su trabajo, ni a irse tan lejos de la familia. Y menos con un hombre casado. Y ahora, luego de diez años, regresa muy orondo como si yo fuera una vil Penélope, nomás tejiendo bufandas sin punta. No, chiquito.

El comandante enloqueció de furia cuando le dijeron que su antiguo amor ya tenía novio, uno mucho más joven y bello que él. Eso no podía tolerarlo.

A él no lo conocía, pero a ella la esperó una mañana entera en la planta baja, con paciencia inaudita, hasta que al abrirse la puerta automática del elevador Otis, apareció la hermosa figura de la mujer. El comandante Trevizo disparó con precisión de cirujano, le vació la carga completa de su Remington 45 reglamentaria, crucificándola a balazos.

Desde entonces Virginia Ozeta se aparece en el elevador Otis exclusivo del personal médico, en las noches y en el día menos pensado.

Victoria Grill

Mire, compadre, yo muy clarito le dije a Enedina que ya se lo había perdonado todo, que por mí no había problema, *chin ya estoy borracho, nomás me suelto contando intimidades, señal de que ya se me subió el vapor*. Usted bien sabe que cuando uno se casa con una mujer 20 años más joven, pues tiene que hacer concesiones. Además, Gilberto es el padre de su hijo cómo no la voy a comprender *¡chinita!, de plano ya soné como un pendejo, ha de ser este whisky tan equis que venden aquí, no tenían Etiqueta Negra que es el bueno, qué irá a pensar mi compadre, qué vergüenza con mi compadre, jajaja, bueno, ya*. Pero ella es la que todavía se pone sus moños de que soy un gorila del siglo 20, un machista, un chauvinista, ni siquiera sé qué es eso, y ahora resulta que me volteó la el chirrión por el palito: ella es la que se acuesta con el exnovio y el traidor soy yo, nomás porque fui a tomar café al Victoria Grill con Laurita, mi secretaria, ¿pasa usted a creer?

Bono de puntualidad

Querida Eustolia: Todos los días me levanto bien temprano para llegar a tiempo a TRW, por nada del mundo me quiero perder el bono de puntualidad y asistencia que dan; estoy ahorrando para ir a verlos y llevarles muchos regalos, los extraño mucho, Eustolia; ustedes son mi motivación para seguir el programa; no sabes cómo batallé muy al principio, lo único que ansiaba era un pisto, horrible, pero ahí la llevo.

Esta mañana fui al banco para depositarte, quedamos en la cantidad que dijimos, pero te puse algo extra para que les compres zapatos a los muchachos y también para que te compres un vestido para la boda de Fernando tu hermano.

Claro que no voy a ir, no necesitabas decírmelo, en ningún momento se me hubiera ocurrido; tú me conoces, sabes muy bien que no soy encajoso ni voy a donde no me invitan. Estoy fuera. Eso me lo gané a pulso con tanta pendejada. Cuando fui a llevar los muebles, tu mamá me trató bien, me saludó con su carita muy triste y hasta me ofreció almuerzo, y claro que no acepté, a pesar de que ya me andaba de hambre desde que salí de Chihuahua.

Tu papá en cambio no me dirigió la palabra, es más, ni el saludo. Lo comprendo muy bien, pero no sabes cuánto me dolió su actitud a pesar de que fuimos tan amigos. Tú no estabas, no me atreví a preguntar si regresarías, me devolví sin verte y eso sí me mató de plano. Nunca en toda mi vida me he sentido tan derrotado. Sé que esta carta no te importa, a lo mejor ni abres el archivo. Si acaso llegas a leerla te pido que a mis hijos no les hables mal de mí y que tú a pesar de todo no me tengas mala voluntad.

Flores blancas

Silvia, traje flores. Siempre me dijiste que no debo gastar en estas cosas que luego se marchitan; además, según tú, ayudo a que los comerciantes las cultiven con mejorales y luego las arranquen para venderlas; no las dejan vivas y hermosas hasta la plenitud de su ciclo natural. ¿Qué otra cosa puedo ya ofrecerte en esta helada tumba, qué puedo hallar como símbolo de homenaje para ti sino la efímera presencia de estas rosas blancas que tanto te gustaba contemplar en el rosal que planté en el patio de nuestra casa cuando vivimos juntos? Cuando vivías. Luego me fui de allí, me pediste que me fuera, lo consideraste necesario y, la verdad, yo también. Extrañé tantos años nuestra vida juntos y luego poco a poco me fui acomodando a vivir solo, resignarme al fracaso de mis ilusiones, visitar a mis hijos como si fuera un extraño. Por suerte pudimos recuperar la amistad, nuestra conversación. De vez en cuando íbamos al cine todos, o a La Deportiva, en familia como antes. Algunas veces me invitabas a tu casa, a comer o en algún cumpleaños. A la que tantos años fue nuestra linda casa familiar, donde diseñabas espacios confortables y hermosos y los seguiste formando siempre hasta hace dos años, cuando te fuiste para siempre. Aunque ya tengo otra situación, la pena de seguir vivo sin ti, el vacío de tu muerte es el umbral más alto del dolor. Me arrepiento de haberte traído flores, no te gustó nunca que lo hiciera. Y me duele ser yo el que esté aquí frente a una tumba con tu nombre: la ley natural y la cronología marcan que debió ser al contrario: yo muerto y tú alegre y esplendorosa como siempre fuiste. Estas

bromas crueles del destino son ineluctables. Adiós, Silvia, ¿hasta pronto, Silvia? Ya no estás en esta dimensión, pero seguiré trayendo tus flores blancas para que la luz y los colores del día esfumen un poquito el ambiente de este lugar sombrío.

Narcisa

La cantante Filomena era toda una diva y tenía una voz más o menos afinada, pero estaba bien dañada del cerebro. Una vez a las cuatro de la mañana me habló:

—Leonel, te marqué para despedirme porque ahora sí me voy definitivamente; ya tengo todo listo para suicidarme. Ni tú ni nadie podrán impedirlo. Ya estoy cansada de esta ciudad de palurdos y palurdas que no saben apreciar el arte de mi voz, ni la sensibilidad de mi corazón. Adiós para siempre —y colgó.

Le dije a mi esposa:

—Era Filomena, me dijo que se va a suicidar. Perdona que te haya despertado a estas horas con la llamada, pero no me dio tiempo de contestar allá en la cocina, procuré hablar quedito, pero veo que ya te volé el sueño.

—No hay bronca, mi amor, ya estoy acostumbrada a los excesos de tus amigos intelectuales. ¿Y qué piensas hacer? —me contestó ella muy linda, entre dormida y despierta.

—Ni idea, no se me ocurre nada. Por un lado, muy bien puede ser otro de los ataques histéricos de Filomena; y por el otro, si se mata me voy a sentir culpable de no haberla podido ayudar —le dije, como pensando para mí mismo.

—Pues vete a su casa, quien quita y llegues a tiempo de salvarle la vida; acuérdate de lo que dicen los psicólogos: ese tipo de anuncios siempre tienen algo de cierto y son como gritos de auxilio.

Ella tenía razón, así que me espabilé de las últimas redes del sueño, me vestí de prisa y salí al aire heladísimo de diciembre a calentar el carro, que por suerte arrancó a la primera. Mientras

se calentaba el motor, tuve que quitarle del parabrisas una capa de escarcha que ya se había hecho hielo.

Manejé con cierta prisa y con creciente angustia por el aviso de mi amiga; al principio no lo había tomado en serio, porque conocía los excesos de su personalidad inmadura, pero el comentario de mi esposa hizo que me preocupara de veras, y allí me tienes, capoteando el frío del crudo invierno en pleno diciembre rumbo a la colonia Las Granjas donde vivía la suicida, para impedir que lo fuera de verdad.

Al llegar toqué la puerta y timbré, nadie me abrió. Sin embargo, se oían algunos ruidos adentro. Pensé: ya se está dando en la madre y no quiere que la interrumpa.

Toqué más fuerte, y todavía más; creo que me oyeron todos los vecinos de la cuadra, pero ella no abrió. Entonces caminé hacia la parte de atrás de la casa y me brinqué al patio para ver si podía entrar por la puerta de la cocina. Luego de tocar por la entrada de servicio, y de que tampoco me hizo caso, tuve que forzar la puerta como si fuera un ladrón; la imaginé apresurada en colgarse o en consumir puños de pastillas ansiolíticas para irse de este mundo, pero la hallé en la sala redactando en una máquina de escribir su nota de suicida. Sin voltear a verme, dijo: —No voy a poder atenderte, Quiroga, estoy escribiendo mi carta de despedida y me está quedando genial, ya llevo tres borradores: no cabe duda de que soy chingona para todo.

Me quedé de a seis: esperaba hallarla en pleno drama apuntándose con una pistola, o haciendo el nudo corredizo en una soga, o cortándose las venas en la regadera, pero solo vi a la vanidosa de mi amiga arrobada en el espejo de su arrogancia, como siempre, como la vulgar Narcisa que es.

—¿Cómo que no me vas a atender, Filomena? Si no vengo a que me atiendas, vine porque me llamaste a las cuatro de la mañana para decirme que te ibas a suicidar, y si me hablaste tan desesperada es porque pedías mi ayuda, y ahora me sales con que estás ocupada y que no me puedes atender —le dije furioso y entelerido.

—Perdona, no te escuché nada, ya ves que cuando me inspiro solo estoy concentrada en producir, y este escrito me está saliendo genial, hasta lo voy a publicar —me contestó con ese tonito mamón que la caracteriza.

—¿Entonces no te vas a suicidar? —le pregunté ya francamente con una ironía grosera, de la cual ella no se dio por enterada.

—Ay, no sé. Y te suplico que no me interrumpas más.

Muy apenas conseguí callarme un ¡chinga tú madre!; salí por la puerta de enfrente hacia la noche helada.

El amor de su vida

¿Qué pasaría si los girones de sueño que tuve anoche, donde sin ninguna lógica apareció Selina, se concretaran en una cita inesperada, luego de cuarenta años de no frecuentarnos, con la propuesta de cambiar el rumbo de mi vida, a una edad en que ya los planes son cosa del pasado?

En el tiempo nebuloso del sueño aparezco yo, o alguien parecido a mí, que asiste a los funerales de Zulemita, la madre de Selina, en Mausoleos. En el vestíbulo hay personas que se comportan como personajes de proscenio teatral. Muchos de ellos son conocidos de mi pasado: algunos de ellos parecen viejísimos; otros siguen intactos, igualitos a cuando formaban parte de la vida cotidiana en el barrio de nuestra juventud. Yo, o el protagonista de mi sueño, soy un hombre de 65 años con la curiosidad inquisitiva de uno de 30.

De tanto ir al cine, algunos sueños se han contaminado con trucos baratos de tecnología, así que todo ese almanaque se cierra en un círculo temporal y se abre otro donde estamos Selina y yo de novios, en el zenit de nuestra felicidad juvenil. Vamos muy abrazados en mi troca rumbo a la boda de una prima mía, vamos elegantes y ella, como siempre, radiante de hermosa y de guapa. La iglesia, la cena, el brindis y luego, a la mitad del baile, nos fuimos en mi troca a la orilla de un arroyo limpiecito, porque había llovido y todo estaba fragante, y entonces me tocó el privilegio de desabotonar su lindo vestido de fiesta y luego acariciarla a ella por todos lados, que era uno de los rituales de nuestro placentero amor.

Recorrí los recintos de la funeraria saludando gente, allí vi a mi hermano y nos fuimos a la cafetería a esperar la hora de la misa. Desde allí la vi llegar, siempre visible, con aire de autoridad, caminando firme con unas botas finas y su vestido elegante, una ejecutiva de femenino encanto. No la miraba desde un funeral anterior, diez años antes, esa vez el de su padre. Le dije a mi hermano: Llegó Selina, acompáñeme a saludarla. Se miraba algo triste por la muerte de la madre, pero nos saludó sonriente, como saluda uno a antiguos compañeros de escuela, alguien a quien conoces de toda la vida. La perenne gracia de su primorosa juventud se veía opacada por un mechón blanco que la hacía aparecer levemente ridícula, como el personaje cinematográfico de Cruela de Vil (si por alguna razón imposible se me hubiera ocurrido decirle este símil, me hubiera odiado para siempre).

Volvió el sueño a su set hollywoodense: la pareja del año luego de cuatro años de noviazgo donde hubo de todo, incluso un anillo de compromiso, se separa por una tontería. Como en toda historia (de Hollywood), el error fue tal vez dos errores simultáneos: él se voló con una filósofa bonita de su escuela, a donde había entrado tardíamente a estudiar, o tal vez a ella empezó a gustarle su profesor de Servicio Social, divorciado y mil años mayor que ella, y empezó a jugar con fuego pensando que todo sería solo una travesura escolar pero no lo fue, porque un años después terminó casándose con él vejete, pasando a ser madrastra de sus hijos, algunos de los cuales era mayores que ella.

Al poco tiempo de aquella misa de difuntos sonó mi celular, un número que jamás se activaría, lo había apuntado de forma automática y sin ningún interés. Era Selina. Me citó en uno de esos bares exóticos que están en el Periférico de la Juventud, que

yo jamás frecuentaba. Ni por aquí me pasó que sería una cita romántica, por supuesto, pero me daba curiosidad de qué asunto pudiera ser. Dicen que donde hubo fuego ceniza queda y no es cierto: Queda una indiferencia del tamaño de un desierto, la tensión sexual extinguida por completo, lo cual es un poco triste y muy ecológico.

Yo tenía siete años de viudez y a ella seis meses antes se le había muerto su anciano esposo; ahora estábamos en una mesa elegante, yo pedí un Etiqueta Negra y ella un café capuchino de preparación complicada, genio y figura. Ya no sé si en el sueño o en la realidad, me contó que ella estaba perfecta de salud, pero tenía un trastorno (diagnosticado) en el que le era imposible estar sola en las noches. Me dijo: Cuando te vi en el funeral de mi mamá, se me ocurrió esta idea, la cual creo que nos conviene a los dos: Vamos a casarnos. El sexo no me importa en lo más mínimo, y supongo que ni a ti, por la edad. Y después de todo tenemos ese pendiente, casarnos, solo que lo haremos cuarenta años después de que nos lo prometimos. Mi hijo vive en México, ya nomás lo veo de visita, cuando él viene o cuando yo voy. Tus dos hijos ya hicieron su vida y ahora vives solo. ¿Qué ganarías tú? Vivir conmigo, sin problemas económicos y con alguno que otro viaje que hiciéramos juntos. Dejarías de depender de tu pensión, que supongo solo te alcanza para comer. ¿Qué ganaría yo? No estar sola, ya te dije que es cosa urgente de salud vivir con alguien. Además, me casaría con el amor de mi vida, que eres tú, siempre lo fuiste, a pesar de que cada quién siguió su propio camino. Conociéndola, no me pareció tan extraña la propuesta. Pedí el siguiente whisky, le dije que me diera una semana para resolverle y nos quedamos otra media hora hablando de cosas del barrio, en el cual ya ninguno de los dos vivía.

En este momento la semana de plazo todavía no se agota, me he pasado estos días poniendo mi vida en la báscula: por un lado, mi valiosa libertad un poco más que demasiado modesta pero alegre; por el otro, aquella antigua ilusión sujeta a los cánones rígidos con los que rige su vida, y otras vidas, mi eterna novia Selina, quien me espera con los brazos abiertos, pero ya dijo que nomás los brazos. Está peliagudo decidir. Pero cuando yo mismo lo sepa, se los cuento.

Las vías del tren

Me estoy acordando de Esperanza, una que fue mi novia. Es más: mi primera novia, y eso que yo ya tenía 21 años, pero estaba bien pendejo para eso del amor, porque durante mi adolescencia estuve internado en el Seminario Conciliar de Chihuahua y estaba convencido de que tenía vocación para el sacerdocio. Fueron cinco años de pureza e idealismo, de los 13 a los 18. Por razones de una quiebra económica de mis padres tuve que salir, según yo por un tiempo, para trabajar y ayudar a la familia mientras se componía el barco.

Fue en esos años cuando mi tía Cachucha, cuyo nombre es María de Jesús pero todo mundo le dice Cachucha, decidió que ya era hora de que yo tuviera novia. A ella no le importaba ni entendía que yo fuera seminarista, ni que el celibato y todo eso; le parecía completamente natural que consiguiera novia, ya estaba bastante grandecito para que anduviera suelto.

Pensarlo y hacerlo fue todo en una, me invitó para el siguiente sábado a una fiesta de graduación donde me presentaría a una muchacha muy bonita, eso dijo, para ver si me le declaraba. Como además de ser mi tía, Cachucha era mi comadre, pues yo era el padrino de confirmación de su hijo Miguel, mi primo chiquito, pues no tuve más remedio que acompañarla.

—Mira, Esperanza, este es mi compadre Chuy, el que te dije — me presentó en el baile mi comadre con Esperanza, una muchacha muy alta, más alta que yo, de cuerpo robusto, ojos pequeños y cara bonita.

—Mucho gusto — me contestó ella a mí, dándome la mano con franqueza y cierta brusquedad.

—Bueno pues, ahí los dejo —dijo mi comadre—, y se fue a otra mesa donde la esperaba su novio; ella era viuda.

Bailé con Esperanza toda la noche, a pesar de que primero le había dicho que yo no sabía bailar. Yo te enseñé, me dijo, y me condujo hacia la pista, de donde ya solo salíamos en las tandas, a tomar refrescos. Casi no platicamos nada, ella era de pocas palabras, y yo, de más pocas todavía.

A pesar de que no me gustaba, ni yo le gustaba a ella, estoy seguro de eso porque siempre me hablaba de los grandes logros de su exnovio Lalín, estrella del fútbol llanero que además tenía troca, empezamos a salir cada semana, todos los viernes. Fue el noviazgo más aburrido del mundo, yo no hallaba nada qué decirle ni qué hacerle. Caminábamos tomados de la mano por las vías del ferrocarril, sintiendo el fresquecito de la tarde.

Ante mi absoluta carencia de artes amatorias, ella tomó la iniciativa. Dijo que estaba cansada y se sentó en medio de las vías, me besó por primera vez en nuestro noviazgo y por primera vez en mi vida, se recostó y me pidió que me subiera arriba de ella. Allí estuvimos. Yo sentía muy ricos sus pechos ceñidos bajo mi abrazo, pero mis manos no tuvieron la decencia de tocarle nada. Froté un poco, como sin querer, el pene en su vientre a través de la ropa y luego eso fue todo. Nos regresamos sin pena ni gloria, la llevé a su casa.

Desde entonces, y hasta la fecha, no nos volvimos a ver.

Índice

Primera parte: **Caminar por la banqueta** 13

Cervecería	14
Dos almas	16
Accord	17
Los Masculáis	19
Transistores	21
Altercado	22
Laurel como tu nombre	23
Taumaturgia	24
Messenger	25
Las perlas de la virgen	26
Desalojo	27
Siete suelas	28
Ritmo	30
Bermejo	31
Papasquiario	32
Machete	33
En la cola	34
Arguenudo	35
El Queso	36
Primeros auxilios	37
Hay días de color sepia	39

Año nuevo	41
La niebla	42
Hilitos grises del tiempo	43
Las deudas	44
Es difícil soltar	46
Sí, mami	47
Ojo de hormiga	48
El SAT	49
Burbujitas de sal de uvas	50
Troca de agencia	51
La tele y el pisto	52
En la foto con alguien	54
Ni el capital ni los intereses	55
Paquete vacacional	57
Pos oye	59
Europa	60
Un escalofrío de entusiasmo	61
Ruin herencia	63
Un cheque de pésimo recuerdo	64
La casa del varillero	67

El color clairol de su pelo	72
El declamador sin maestro	75
Balalaica	78
Los vericuetos del arte	82
La paletita	84
El dolor	86
Antonia Aguilar	87
La escuela mexicana de pintura	89
El platonismo	90
Alto riesgo	93
Taquicardia	94
El éxito almacenado	96
Lady Yah	98
El prócer	99
Insomnio	101
La rentista	102
Hablar con Elvira	103
Clínica	104
Querétaro	106
Parker Frontier	108
Otis	110
Victoria Grill	112
Bono de puntualidad	113
Flores blancas	114
Narcisa	116
El amor de su vida	119
Las vías del tren	123



www.pech.icm.gob.mx

PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2023

Las historias que se cuentan en este libro son las voces y los ecos que se escuchan en las calles de la ciudad de Chihuahua y en el arte de la conversación del autor con sus amigos de café. Algunos de ellos y ellas se llaman Raúl Sánchez Trillo, Soledad Graciela Lechuga, Luis Kimball, Renée Nevárez, José Manuel García García. El autor aclara que, si hubiere pequeñas dosis de veneno Coralillo, deben achacarse a su entera responsabilidad y de ninguna manera a ninguno de ellos, quienes son prudentes y de refinada educación.

Julio 2023



Colección
Con trayecto

www.pech.icm.gob.mx

